

Creadores Literarios



Creadores Literarios



Poesía
Cuento
Microrrelato
Cartas a Carolin Philipps



Universidad de Guadalajara

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sistema de Educación Media Superior

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
Dirección General

Ernesto Herrera Cárdenas
Secretaría Académica

Lilia Mendoza Roaf
Coordinación de Difusión y Extensión

Editorial Universitaria

Edgardo Flavio López Martínez
Encargado del despacho

Feria Internacional del Libro

Marisol Schulz Manaut
Dirección

Fondo de Cultura Económica

José Carreño Carlón
Dirección

Primera edición electrónica, 2014

D.R. © 2014, **Universidad de Guadalajara**

Sistema de Educación Media Superior
Liceo 496
Col. Centro
44100 Guadalajara, Jalisco



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Col. Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

ISBN 978-607-742-120-7

Hecho en México

Presentación general

Una línea estratégica del Sistema de Educación Media Superior de la Universidad de Guadalajara es el fortalecimiento de las habilidades en la lectura y la expresión escrita en los estudiantes de bachillerato. Celebramos en el 2014 la vigésima edición de Creadores Literarios FIL Joven y reconocemos a los estudiantes que se dedican a recrear la realidad y su entorno a través de las letras, la poesía, el cuento y el microrrelato.

Este libro es un telescopio calibrado de imaginación, en él encontramos la visión del mundo joven que nos invita a su universo observable. Estas páginas son la totalidad de su tiempo y espacio transformado en palabras, es una invitación abierta para disfrutar de su aliento poético, de su capacidad narrativa y de reflexión; su imagen inquietante se queda a través de los sonidos en nuestras mentes.

En los cuentos encontramos temáticas polémicas, desde el misterio, lo ético-moral y el imprescindible tema del amor. La invitación es asomarnos a la tinta fresca, desenfadada y sin inhibición de la narrativa juvenil que se aleja de los límites del mundo estructurado.

Por primera vez se convocó al concurso Creadores Literarios FIL Joven otra categoría: la de microrrelato, con ella se abren nuevas posibilidades para los jóvenes bachilleres; el cuento brevísimo nos muestra las posibilidades de jugar con el lenguaje y la realidad; expone una idea concreta y nos impacta con el instante.

Por último, en los ganadores del Concurso Cartas al autor encontramos las reflexiones en torno al sentido de identidad, producto de la lectura del libro *Enigma asiático* y la identificación con las situaciones por las que pasa Lea, su protagonista; con este ejercicio epistolar tan alejando de las nuevas generaciones, cinco preparatorianos vierten sus inquietudes, ideas y sentimientos hacia la escritora Carolin Philipps.

A través de estos textos esperamos que más jóvenes del Sistema se sumen a las voces escritas y que se identifiquen con las realidades que éstas proponen a partir de su mirada osada, que añadan a su lectura nuevas impresiones y que se animen a buscar su propia tierra inédita donde puedan crear a partir de estos universos expuestos.

En este vigésimo aniversario, coincidentemente, leemos veinte voces que hablan por sí mismas y reflejan a los miles de jóvenes que participaron en los cuatro concursos, mostrando sus creaciones para transformar desde su trinchera la energía en materia.

Javier Espinoza
de los Monteros Cárdenas
Director general del SEMS

Poesía

Silencio a cinco voces

Pedro Goche

La fama de la poesía le viene de nunca estarse callada. Aunque su aspiración más secreta sea el silencio, éste sólo será una meta alcanzada por medio de las palabras. Paradoja fatal o sonriente, según sea el caso de quien la viva en carne propia.

Para este ser, el poeta, nunca callan esas voces en la cabeza, esas imágenes del mundo no dejan de envolverlo en forma de frases casuales o de sentenciosas aseveraciones. Le debemos, por ello, la sintaxis y el rompimiento con ella; le debemos, asimismo, insufribles lamentaciones y relatos excesivamente minuciosos que lindan con el tedio. Pero sin él nos quedaríamos sin "cantos", nuestra única manera histórica de reunirnos más de tres seres humanos sin necesidad de rompernos la cara por puro aburrimiento existencial.

Al parecer, no nos han tocado los mejores tiempos en este país, en este mundo para escuchar estas voces, estos testimonios escritos de una realidad que va más allá de los escenarios decadentistas de las instituciones y de la orgía

de ignorancia masiva de los medios de comunicación. Pero, en realidad ¿cuándo hubo tiempos óptimos para el poeta?

La poesía tiene, por lo general, una edad predilecta para manifestarse en la vida: la primera juventud. Rimbaud se propuso levantar la voz y quedarse callado casi en un mismo acto, fugaz e intenso, a sus dieciséis años. Sospecho que un ángel, un demonio, una musa, un simple duende le aconsejó levantar la voz, asentarla por escrito y después simplemente callar. Ignoro los verdaderos motivos del buen Arthur, pero algún colchón, algún oculto cajón hubo de tener donde esconder aquellos poemas que un día decidió arrojar al mundo y cambiar así la historia de la poesía moderna. Al parecer, tampoco le tocaron a él los mejores tiempos para un poeta, pero justamente quizá ahora sean mejores tiempos porque existió un poeta de su talla y con el suficiente descaro.

Los cinco poetas que reúne este libro han hecho ostensible, de muchas maneras, ese descaro rimbaudiano, brincando las cercas de un simple "buen gusto" y yendo en busca de relaciones, de hechos más sutiles, de realidades más ricas y complejas.

Un tren de juguete que lleva migrantes, haciendo de la tragedia un vivo cuadro de inocencia preciosista; vibrantes onomatepeyas y juegos tipográficos que pueblan la página de fuegos de artificio; las infaltables autoinmolaciones dionisíacas; miradas lascivas recorriendo las piernas de una colegiala, expresadas con ese temblor genuino en la voz; lenguajes sentenciosos y aforísticos... Pero, sobre todo, esa

apertura del alma hacia la duda auténtica, son los hallazgos en una lectura que disfruté, antes que *evaluar*, como jurado del proceso selectivo que reunió estas cinco voces donde ya germina la semilla de un estilo y de una poética.

Aclaro: un proceso de selección no deja de reservar un espacio para la arbitrariedad y para las filiaciones inconscientes de los encargados de llevarlo a cabo. En lo particular, soy enemigo de premiar los méritos del esfuerzo. El esfuerzo se agradece casi siempre, pero muchas veces es inevitable quedar comprometidos ante él. Obligados. El oficio, la técnica, con mucha facilidad se convierten en maña cuando no son guardados por una ética. O, mejor aún, por una estética.

Hay en quienes este accionar en busca del estilo y de la voz propia es un fluir natural, una extensión de sus necesidades como seres vivos antes que como seres sociales, sometidos a la competencia. Esas voces llegaron hasta estas páginas por méritos propios, por necesidad casi física de confluir aquí, ante su verdadero mar: nosotros, sus lectores.

Mi cielo *picture rose*

 Mi cielo *picture rose*,
 con Hiroshima estallando en tus oídos,
 todos comiendo carne humana fluorescente.

 ¡PUM, PUM!

 Hiroshima en mi cama
 entrando en coma,

 Jesús camina en el agua,
 yo patino en el hielo.

 Aves nadando en mundos de helio,
 devorando fideos marihuana.

 Su vientre pintado de plasma color arcoíris,
 deja en evidencia a los corazones engargolados al
 hastío,

 reflejado en su negra espalda,
 adornado con escamas de pez.

 Desnudo,

 con tacones rojos.

 Mi cielo *picture rose*,
 en las calles me encuentro,

en lo deshonroso de la sociedad
florece mis deseos.
Aurora boreal tatuada en tu iris,
tus labios gastados
huelan a celos.
Eres putrefacción absoluta,
Hiroshima, ciudad de peces,
asesina de pescadores.

Japón

Sirenas aullando
me ahogan.

Usan sucios anclajes tóxicos,
muerden los mares con sus dientes de mármol.

Mujer azul,
nunca olvida su amor a Japón,
abrazando ciudades,
devorando sueños.

Japón envía botellas con mensajes escritos en la
frente de fetos humanos.

Mujer azul,
aburrida escribiendo letras de sangre en su arenosa
espalda,
arrecifes sus entrañas,
su corazón pulposo y en su tentáculo,
túnel de la palabra.

Explotando en la arena sus pasiones,
tornados de agua devorando a las estrellas.

Mujer azul,
contemplando mariposas de aire.

Oximetazolina

Oximetazolina
lloviendo en mi nariz y oído,
oximetazolina con lágrimas del oro
evaporándose en el asfalto,
creando nubes de tequila y granizo de refresco.
Dios sazonando los mares con sal,
se refresca tomando flores de lavanda en un vaso
convertidas en lava *frappé*.
La tierra escupiendo libros desde sus entrañas.
Oximetazolina en mi café,
tinta púrpura en tu río
con su túnica de terciopelo rojo,
saboreando su helado sabor Saturno con sus pedacitos
de satélites crujientes,
amargan su sabor al brotar olor a humano.
Hombres asesinando cruelmente a dios a la mitad
del mito,
catapultas doradas llenas de odio
enfermando nuestros juicios,
padres crucificando a las mentes,
adelgazando la hombría del mundo.

Burdeles de Hiroshima

Desvestida en mares de lencería,
bañada en café y vino,
agua en tus manos,
circula mi sangre
olvidada en Hiroshima,
confeccionan mi piel cadáveres de árboles

...

Paredes epóxicas me vuelven transparente.
Adiós, Hiroshima,
explotas mi mente,
arañas sabor mostaza navegan en mi vientre,
aire inundando mi ambiente.
Adiós, Hiroshima,
somos flama indecente.

Geometría metálica

Llegué como metal candente,
necesitaba forjaduras.
Ven, pule mi vientre,
hay luz incandescente,
no golpees tan fuerte mis piernas,
pinta mi sangre con lágrimas.
Mi piel eléctrica y tu corazón metálico,
el calor nos moldea para encajar exactos,
fuego ablandando nuestros cuerpos,
incoherente y apasionado.
Lloramos geometría metálica,
permaneceremos juntos siendo la gran forma
o... nos separaremos, convirtiéndonos en la pieza
sin par.

Poesía fluorescente

Volando sobre la hojarasca,
soy la niña que ha soplado sobre un aro de burbujas
por el que las personas susurran sus almas,
soy la materialización de tus sueños fluorescentes,
soy el reflejo caótico de las pasiones reprimidas,
cambio estructuras de tiempo y espacio.
Soy el miedo mítico y acostumbrado a nadar en las
drogas inyectadas en las venas poseídas de cada
cuerpo solitario,
me llaman poesía.

Itzel Enif Bravo Calzada [<<Bone Fingers>>]

Preparatoria Regional de Puerto Vallarta

La gota

¡Plop! Es el sonido que hace la gota
que cae de mi muñeca
y mancha la alfombra,
de un rojo intenso similar al fuego,
se tiñe de negro al tocar el aire.

¡Plop!
Le siguen las otras,
hermanas que en el abismo,
se acopian.

Una a una, con-rit-mo-lento.

Se precipitan y
gol
pe
an
el suelo.

Y yo sólo las veo escaparse,
espectadora un tanto distante,
mientras ellas
ignorantes recorren mi brazo.
En atorrante actitud,
cuando se dan cuenta
de su error

es demasiado tarde.

Las escuchó gritar,
intentar
aferrarse.

Aunque ellas saben:
una vez en el aire
salvarse es imposible.

¡Plop! Resuena la gota
que escapa de mi muñeca y cae en la alfombra,
y que sin saberlo lleva con ella
un poco del alma.
Ya no siento.

¡Plip,
plop!

Único sonido en la habitación,
himno para aquellos en el pabellón,

y de pronto que calma el dolor.
El rojo es color único,
sabe hacer música

¡Plip,
plop!

El resplandor de una navaja:
una cortada
por-cada-palabra,
y una lágrima
por-cada-rajada
que permite que las gotas salgan.

¡Plip,
plop!
¡Plop,
plip!

Melodía de una despedida,
el sonido de una gota
malagradecida,
cual forajida silenciosa,
decide abandonarme.

La importancia del "hasta que la muerte los separe"

Ha pasado más de medianoche, entonces
¿quién es el osado que toca a la puerta?
De seguro es tu esposo,
que en la tumba
se cansó
de estar recostado,
que no entiende que su tiempo ha pasado
y que vivo no está ahora,
pues cuando dijo que te amaba,
incluso más allá de la muerte, no lo decía en vano.
¿Os pensáis abrirle la puerta?
¿O es que lo frío y lo hediondo borra en ti cualquier
afecto?
En todo caso, asómate afuera
y dile que se vaya lejos,
que espere un poco más,
cuando tú también
entre sirios y trémulos sollozos,
te hagas un espacio en el mausoleo;
pero que por ahora
tú no tienes interés de andar con muertos,
aunque pensándolo mejor,
dejemos que se vaya por su cuenta,
no vaya a ser que se ofenda
y en un arranque de ira prefiera irse a la cantina
en lugar de a su féretro.

Porque vivir, mata

Extraño vivir por lo que mata. Embriagarme hasta perder la conciencia y dejar de pensar en mis problemas. Sacar un cigarrillo de mi cartera y ofrecérselo a todos hasta que alguien lo quiera, luego llevármelo a la boca mientras espero que lo enciendan; leer a Poe y sentirme loca por considerar cada línea de *El cuervo* una obra maestra y pensar que yo también le hubiera pagado sólo nueve dólares por él.

Extraño vivir por lo que mata. Desayunar en el vestido de ayer después de haber despertado con resaca. Maldecir al mundo por haber nacido en ruido y por morir en el silencio. Destapar la botella de whisky y brindar por ese amor incondicional que aún no he logrado conocer. Conectar la computadora sólo para oír *Gloomy Sunday* o *Amelia*, o cualquier otra de esas tonterías depresivas, porque sí, las amo, a pesar de que difícilmente me sienta identificada con ellas.

Extraño vivir por lo que mata. Tus besos, tus caricias inexistentes, que más de alguna vez he imaginado cómo se sienten. Declararle la guerra al Todo, porque me hace sentir diminuta, mortal, inexistente... Reírse de los paradigmas y pensar que todo es parte de una simple broma negra.

Extraño vivir por lo que mata. Las duchas heladas en invierno y las llegadas tarde al trabajo. Leer

hasta olvidarme del tiempo y de las tareas por hacer. Inventar excusas, gozar de la irresponsabilidad. Destruirme poco a poco, como es lógico, pues es para lo que fuimos creados.

Dolor y pérdida. Tristeza y apatía. La soledad después del orgasmo.

La chica del metro

Eres como una sinfonía desentonada,
un golpe de pubertad con rebeldía malograda,
un reproductor de canciones tristes
y la columna de política en *La Jornada*.

Botas paramilitares, boina rosa,
el maquillaje escurrido por el calor,
un par de versos de Lovecraft
y un capuchino del Starbucks.

Ideales de anarquía y revolución
que nacieron de escuchar a los Ramones.
Pastillas para dormir los lunes
y una camisa del Ché bajo tu uniforme.

Una *feminazi*, como dirían algunos colegas,
de ceño fruncido e ideales marchitos
que son tu escudo y tu himno,
en este mundo machista y jodido.

Hay recuerdos que no palidecen

¡Ah, mi alma está llena de escorpiones!

OTRO VERSO DE *MACBETH*

I. En un instante diáfano

¿Y qué haremos?
Si nada consta ya,
fracciones de soplo sólo resultan
de este espacio
distendido
en soplos,
se dispersa y derroca
perpetuamente,
exploras versos.
Nadie sabe
quién eres,
ni tú.

II. Nos iremos muy lejos

una noche
atosigo las tinieblas
–Oh, mi lobreguez–
¿no alcanzas a concebir eso?
Tú refutas que estoy extinto
pero consigo escucharte.
¿Qué es eso
que suena bajo tus pies?
Suspiras.
Consumes el oxígeno
de este lugar
a
M
O
r
F
o
¿Quieres un poco
de mi piel?

III. Olvídate del mundo

Vivamos en ruinas inertes del bosque,
al crepúsculo nos yacemos aves,
sin cielo.

Más que carcoma astral musitando
una ausencia muda.

Embarquemos las corrientes subyacentes
perdidas en el espacio.

Cuervos somos desfilando a la intemperie
ansiosos por respirar
y olvidarnos del mundo.

Buscando la venturosa comarca que cela *susurros*
y prorroga el cosmos.

Entre las cosas minúsculas del viento
existe una crisálida
amorfa y antagónica del campo,
inmortal arriado del diluvio implacable.

IV. Ataúd de gritos

Le aterraba escuchar el zumbiar del corazón...
y repetía
y repetía
y repetía.
—¿El silencio...
con qué se cura?—
Y de un tiempo acá
el viento tampoco oye.

V. El tiempo no existe

Ayer me sorprendí.

Después de la lluvia
mis glándulas mutaron en árboles.

Ayer se acabó el mundo.

El viento se llevó las aves
y un segundo atrás se fue el eco.

Ayer quemamos todo.

El albor y los versos,
evaporamos el agua.

Ayer fue mañana...

y desde mi boca hasta el estómago,
crecieron flores.

VI. Metamorfosis

*Cierras,
ya en la madrugada,
tus oscuros ojos.*

Devorado

por el alba de tu instinto

*Te infringen los susurros
de las sábanas.*

Aférrate a tu cuerpo

con garras y sangre.

Te consumes

en un sueño eterno.

Esclavo de tu lengua bífida,

insectos noctívagos

despeñan tu cuerpo húmedo

y se abre el insólito capullo:

¡mírate, tienes escamas!

Llamada

Ring, ring.

Cuelga, por favor, por favor, por favor.

Ding, dong.

Entiéndelo, entién-delo, en-tién-de-lo.

Ring, ring.

Olvidalo, olvidalo ya,

en otro camino está.

Ding, dong.

Acéptalo, es cierto, es cierto,

su silencio por el teléfono,

arde mi mente,

locas ideas.

Ardo, no soporto terminar la llamada.

Biiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiip.

Incomprender

Retumbas
palabras, todo pasa,
duelos,
navajas en mis extremos, en mis ojos,
rompen la cortina, me analizo,
corazón triste, triste corazón.
Seguir
o morir.

Bye bye adiós

*La bestia circulará más velozmente
para evitar que suban migrantes.
LA JORNADA, 26 de agosto de 2014*

Adiós trenecito,
adiós bye bye,
ahí va blue trenecito, azul trenecito,
ya se va, red trenecito,
va detrás haciéndole caritas, el rojo trenecito,
haciéndole un *SMILEY FACE*.
Green trenecito,
los chocó,
por bobo el verde trenecito,
mirando el *yellow* amarillo sol,
niños con playeras *orange* y *pink*, destellos de
[anaranjado y rosa,
se reflejan en el *purple*,
morado tren, todos los despiden,
con un *good bye* adiós,
los trenecitos les dicen,
un hasta luego,
see you later, niños.

Pérdida inocente

Habitantes corroen con ira,
sólo es un disfraz,
debajo hay miedo y gritos de ayuda,
sin piedad, sólo muerte,
hay miradas a miradas silenciosas,
de heridos corazones, valientes cuerpos caídos,
en gloria ya.
Decididos a la muerte,
es una guerra sin saciar la que viven
Israel, Pakistán, en Gaza.
Estado de violencia
que debe parar.

Mediodía de mujer

Estoy enamorado de una mujer temprana.
Ella no lo sabe, así será por siempre,
para que sea libre y feliz
como soy yo
cuando admiro su simple espectáculo de ser
[criatura de carne,
sangre y miradas silenciosas,
existir tan armoniosamente.

Adoro tanto a mi mujer temprana,
cuando tropieza con sus zapatos de charol
ríe tan extraño,
ríe tan curioso,
ríe así como las personas que ríen por placer.

Su cabello enredado cae sobre los hombros y
[termina en curva,
medias caladas color blanco sostienen firmes
[las pantorrillas,

el resorte ciñe suavemente los muslos por la mitad
y me hace imaginar,
me hace desear con locura
y pensar
que soy yo quien la ciñe,
y sujeto el peso de su cuerpo cuando cae hecha pluma,
desvaneciéndose en las voces de las aves y del viento.

Quisiera que miraran cómo se parte en dos,
no es ni siquiera un ángulo, apenas la idea, la forma
[tímida de una curva que cae,
se convierte en caderas ligeras y flexibles,
piel de durazno tierno,
vientre color verde liso, sin abultar,
las formas de mi mujer temprana.

Mi mirada febril no me delatará, seguiré suspendido
[en este delirio,
mojaré mis labios en silencio
cubierto por las sombras de los árboles,
el susurrar de las bicicletas.

Estoy enamorado de una mujer a medias,
apenas el bosquejo de lo que se plegará en arrugas
[con el tiempo.

Yo la seguiré amando, en el éxtasis de un encuentro
[que nunca sucedió,

para que ambos seamos tan felices como siempre,
ella existiendo, y yo,
iluminado desde dentro, viéndole ser.

Versus

Corté las manzanas más rojas de mi huerto,
peras de carne blanda,
naranjas brillantes y dulces recogí de todos mis
árboles.

Te di a probar el sabor suave de mis fresas,
horas enteras pasé removiéndolas
con canela y melaza,
varas de vainilla herví para tu tizana.

Para beber, cántaros rebosantes del agua de mis pozos.
Y en mi tierra,
acostado sobre las hierbas de mis campos,
conociste el olor de la vida.

Ebrio del color rojo cereza de mis labios,
comiste a manos llenas mi piel virgen.
Tocaste las llamas del fuego vivo con los dedos
rocié tus quemaduras con luz de luna después.

Llené grandes tinajas con hielo,
mis sandías rebanadas puse sobre tus manos
para que al mediodía,
en esta cama de pasto húmedo y tierno
nunca tuvieras sed.

Pero, ¿qué me queda ahora?,

si aun cuando probaste todos mis horizontes
y te obsequié de buena gana cada alba y crepúsculo,
tú
te abandonas ciegamente
a la hipnótica ciudad.

Mandarina

Me comí la última mandarina, sé que tú la apartabas,
dijiste que ya no habrá el domingo en el mercado,
se acaba la temporada, ya casi es marzo,
ojalá me perdones, en serio la quería.

Pero no estés molesta,
era la última y la cáscara estaba dura,
seca por dentro,
no lo lamente.

Qué bueno que la comí yo
 (tú te ves tan deliciosa cuando el
 [jugo resbala por tu boca),
 que si la hubieras comido,
 así de vana como estaba la última mandarina
 no te habrías visto igual de dulce que otras veces,
 como tocada por el sol,
 por la mano de Dios.

Este diciembre te compraré una bolsa entera,
te gusta comerlas en el patio,
entonces te estaré viendo, mientras tú te ves hermosa.

Vas a ser bonita para siempre,
estarás contenta.
Aunque esté dura y desabrida
la última la comeré yo.

Cuento

De buena cepa

Gabriela Torres

La esperanza de las plumas jóvenes resurge de la oscuridad convulsa. Mientras el país se despierta atemorizado por las noticias malas y peores, cuando parece que la inseguridad está a punto de cubrirlo todo, la literatura brilla. Y es que ahora la ficción, aunque le siga los pasos a la realidad, nunca la alcanza. No obstante, la narrativa reinventa las formas vívidas de lo existente, clarea en el campo más nebuloso como una vela encendida. Por eso celebro haber sido invitada a leer veinticinco cuentos en la última ronda de selección de esta convocatoria. Porque la vibra celeste de estos jóvenes empuña la pluma como arma ante la realidad. Sus esperanzas son las nuestras: lectores ávidos de que la escritura literaria caiga en buenas manos. Lo sé de cierto al haber pasado por su prosa con ojos críticos en la búsqueda de consistencia narrativa, de luces en el camino a veces perverso de las letras. Ser coordinadora del taller de cuento Letras Tintas me ha llevado a leer, sobre todo ante la posibilidad de armar un libro colectivo, un sinnúmero de relatos breves y brevísimos, a tomar decisiones respecto a diversos

aspectos que conforman la funcionalidad de las prosas. Hoy ha sido un viaje muy similar. Con el ánimo siempre dispuesto a abrir intenciones creativas antes que cerrarlas, nos ha parecido —a Cástulo Aceves y a mí— que las cinco elecciones no estaban equivocadas. Nos topamos con incipientes estrategias de misterio, juegos discursivos interesantes y la suficiente malicia como para provocar a los lectores. Aun cuando las temáticas tienen la gracia de ser diversas, es notoria la intención autoral común de trabajar textos firmes por una línea de congruencia y verosimilitud, con ganas de narrar una historia y no de solamente vagar por las líneas sin oficio ni beneficio. Nuestras coincidencias de percepción se dejaron guiar por este semáforo en verde. Llegamos felices al final del sendero. Felicito a los autores. Enhorabuena al Sistema de Educación Media Superior por la promoción constante de lectura y escritura para los alumnos. Reconfirmo, a la vez, mi aprecio incondicional por el cuento.

Amores de la Calzada pa' acá

Estaba sentado bien Agustín Lara descansando de hacerle a la chambeada en el taller mecánico “El Carcachas”, después de refinarme unos tacos en el almuerzo porque ya estaba que se me pegaba la tripa con el espinazo; cuando un monumento más chulo que el mero Ángel de la Independencia me pasó por enfrente:

—¿Qué comen los pajaritos? ¡Masita! —le grité mientras me echaba un taco de ojo de sus kilométricas y torneadas piernas—. Esa de rojo sí me... —me interrumpió la chulada, con ojazos de pistola, que me muy indignada.

—¡Pelado! —y siguió contoneándose como pavoreal colorado.

—¡Así me gustan más las viejas! ¡Contestonas y alebrestadas! —pero no me respondió la réplica. Se siguió y yo a ella con la puritita vista.

—¿Otra vez jeringando a las rucas, Lobo?

—¿Cuáles rucas? ¡Cosa hermosa, nomás! —corrégí al achichincle chismoso del taller.

—¡Es la Caperuza! No, pues ésa sí está que se cae de chiquitita mamá, uyuyuy —hasta le brillaron los ojitos al baboso. Antes de que hiciera otro comentario tarugo le puse un mazapanazo bien metido en la cabezota.

—¡Ay! —se quejó como toda una señorita.

—Ay —lo arremedé con su gesto puñalón—. Mejor ponte a arreglar el carro que todavía no charcha porque tenía que estar listo ayer.

—'Ora, no me quieras enjaretar tus broncas.

—¡Para nada sirves! Bueno, tú que sabes que es la Caperuza dime a dónde va.

—Primero me pegas y 'ora quieres que te diga, pos no.

—¡Quema mucho el sol!

—¿Me vas a decir que nunca la habías visto? Pasa diario pa' ir con su abuelita.

—Pues ya estufas. Ahí le echas un oclayo al changarro que yo me boinas a seguir a la nenorra.

—¿Cómo que ahí me encargas? ¿Qué voy a hacer yo solo?

—Pues ponte hacha y no salgas con mafufadas porque llega el Carcachas y bailamos con Bertha yo y tú.

—Tú y yo.

—Chales. De veras que saliste maricón. Mejor yo merengues y la Caperuza.

—La Caperuza y yo.

—¡'Ora! ¿Qué te trais? ¿No ves que yo ya la aparté? Y al Lobo no se le escapa ni una.

Acentuando la frase en tercera persona, me paré derecho, como me decía mi abuelita, que Dios la tenga en su santa gloria, y metí la pancita chelera que me recordaba las guarapetas que echamos con unas cadavéricas bien helodias cuando no hay bisne en el taller.

* * * * *

—¿Qué Pachuca por Toluca, primor? ¿Por qué tan solita? —le pregunté con la lengua de fuera después de correr una cuadra panteonera hecho la mocha pa' alcanzarla. Camina bien rápido la canija.

—¿Ahora qué quieres, majadero?

—Pos ¿cómo crees que te iba a dejar andar por ahí sin mí?

—Mejor sola que mal acompañada —contestó, pero no le puse atención. Nomás sentía el aire que echaban sus pestañotas cada vez que parpadeaban sus ojotes. Iba manteniéndole el paso y con la respiración aceleradísima por el afán de olerle el perfume de frutos rojos, cítricos, florecitas o yo no sé qué menjurjes que me encantó.

—¿Y a dónde vamos, princesa?

—Yo adonde no te importa y tú a ver si ya puso la marrana.

—¿Y si mejor te acompaño, dulzura? —se me estaban acabando los piropos y aunque de verla se me ocurrían un machín de cosas, del hocico me salían puras pendejadas. Por fin se detuvo y me volteó a ver de arriba pa'bajo y de abajo pa'rriba.

—Pues ya qué.

La neta es que yo ahí bofeando, con la camisa y el pantalón de mezclilla embarrados a más no poder de aceite y la gorra llena de sudor, debía tener lo mío. No podría decirse que aquello era un acoso, porque yo a mis veinte añitos era de buen parecer, al menos por los ojitos verdes que agarré de mi jefa. Y ella del mismo barrio que yo, a sus calculables dieciocho, en la pura edad de merecer. Qué chuleta estaba la Caperuza. De repente me entraron ganas de disculparme por si la había ofendido gritándole tan lépero nacayote, enfrente del taller.

—La Caperuza te dicen, ¿edá? —le pregunté, nomás por decir algo.

—¿Y a ti Lobo, no?

—Pa' servirle a usted y a Dios primero.

* * * * *

Yo creo que ya se le había entumido el brazo al achichinle del ratón que llevaba con la pinza en la mano estirada.

—¿Y eso que andas tan ido?

—La mera verdura del caldo, no dejo de pensar en la Caperuza.

—Te dejó todo tarugo, Lobito.

—'Ora sí que como dicen los gringos: "aifal in lob".

—Qué menso, así no se dice.

—Ay sí tú, ¿entonces cómo?

—Pos: "I fall in love".

—Ah, sí ¿edá?

—¿Qué te dijo que te trae tan mareado?

—Pues la acompañé al camión, ¿arroz o más mole, o chile pa'l guacamole?

—¿Nomás por eso andas bien volado? ¿Por qué no la invitaste al cine?

—¿Con qué ojos, mi querido tuerto?

—Chale, pues ahorra, no lo quieras hacer al chilazo. ¡Iguanas y de seguro no quiere!

—¿Tons? ¿Cómo le hago?

—Órale ¿No qué muymuy, mirrey?

—Es que no la quiero cajetear, porque de veras me movió el tapete y no es por debrayarme, pero creo que yo iguazú a ella.

—Ni módulo, dijo el astronauta. Vas a tener que esperar a que todo se dé solo y agarrártela en curva pa'que caiga redondita. ¡Porque ni cómo resistirse a tus encantos, lobito!

—Pos' te voy a hacer caso, pero por adela te digo, si algo se calabacea entre la Caperuza y yo, te juro, ira', por ésta —le aseguré haciendo con la derecha como si me fuera a persignar —que te parto todita tu mandarina en gajos.

—¡En la fiaca me los quería encontrar, par de huevones!

De la ciscada me levanté y me di un chingadazo en toda la frente con la defensa del carro.

—No, cómo cree mairo, estamos chambeando —le dije al Carcachas, dueño del taller, que tenía un genio de los mil demonios.

—Ándale, chalán, pásame unas pinzas.

—Ya te las pasé, las traes en la mano, baboso.

* * * * *

—Hazte más pa'allacito, que me dan ñañaaras... hasta parece que eres gansito —le dije al achichincle, que estaba bien pegadito, bostezando y pasando su brazo, para llegar a mi hombro, como decía él: "discretamente".

Habíamos dejado los bisnes del taller de lado, ya que no estábamos tan apretados de tiempo, y según sus nervios me iba a ayudar pa' cuando la Caperuza me diera champú de salir con ella.

—¿Quieres aprender la maniobra, sí o no?

—Pos sí, pero qué se me hace que nos vemos bien mariposones.

—¿Has tenido alguna cita? —preguntó el achichincle saliéndose por la tangente.

—A wiwi.

—¿Neta? ¿Y cómo estuvo?

—Pos así, tú sabes...

La legal es que en cuestiones de amor siempre metía la pata bien metida. Aunque me doliera en mi orgullo de Don Juan aceptarlo. La última vez que salí con una chava que me latía terminé con cinco dedos rojos marcados en la carota por mano larga. No voy a negar que anduve de malintencionado dos que tres veces, pero después de la cachetada guajolotera se me ponía la piel chinita nomás de pensar en esas cosas. Y es que gritar piropos sin fu ni fa es más fácil que llegarle por donde debe ser.

—Qué no te dé miedo aprender, lobito, pa' eso estamos los compas, pa' echar una mano o lo que haga falta...

—¡Quiubo! ¡Sáquese! Qué tal si orugas pasa la Caperuza por aquí, ¡yo lo menos que quiero es que piense que se me moja la canoa!

—Qué piense lo que quiera, papucho —en eso que el asistonto se me avienta con tocho morocho.

—¡¿Lobo?! —desde afuera la Caperuza.

—¡Aparte de huevos de ancla me salieron bien plutarcos! —desde lejos el Carcachas.

—Besas rico, pero como que te a pescaditos el océano a tacos al pastor, Lobo.

—¡Caperuza, te juro por mi jefecita santa que esto no es lo que parece, lo que pasa es que este puñetas...!

—Puñetas, pero bien que se traen ganas desde que chambean en mi taller, qué creen que no los he

visto cuando se meten juntitos por la herramienta
—el Carcachas estaba que se revolcaba de risa.

—Ya entendí, Lobo, qué bueno que saliste del
clóset, yo siempre quise tener un amigo gay.

Nuevas leyes para la ciudad

Pero si sucede una desgracia, tendrás que dar vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, contusión por contusión.

ÉXODO 21:23-25

Ley 25: Si se incendió la casa de uno y otro que fue para extinguirlo se ha apoderado de algún bien del dueño de la casa será arrojando en el mismo fuego.

—*Hammurabi* —expresó el detective Martínez con cierto enfado, casi con displicencia, murmurando la palabra suavemente y de un solo golpe.

—¿*Hammurabi*? ¿Qué es eso? —inquirió Rosales mirando de reojo a su jefe, bajo la lluvia fría y pertinaz de octubre, la lluvia fría de siempre, “lluviecita moja-pendejos” que parecía ensordecir las conciencias de todos los involucrados alrededor del

cuerpo calcinado del cholo tatuado en el pedazo de piel de su único brazo no chamuscado.

—Estamos mal, muy mal, y esto se va a poner peor —indicó Martínez con voz de profeta.

—Oye, Jefe. Ya llegaron los forenses —siguió Rosales esperando una reacción de Martínez, pero no pasó nada.

9:50 de la noche:

Tres patrullas, una ambulancia, un camión de bomberos, una casa quemada hasta los cimientos, diez o quince policías y tres agentes de tránsito desviando los autos en Montenegro, casi esquina con 8 de Julio... y una nota, sin manchas, envuelta en una bolsita de plástico. Martínez decidió no sacarla del envoltorio, esperaba que alguien en la *Procu* pudiera rescatar alguna huella o algo, lo que pudiera salir de un análisis detallado. Ya había visto las primeras siete temporadas de CSI en el *Netflix* y creía que los científicos podrían conseguir los datos, como Grissom y su equipo lo hacían en la tele.

—¿Qué onda, Martínez? Rosales, ¿tenemos bronca? —interrogó con interés el capitán Enrique Godínez Velázquez, un capitán que exigía se le hablaran por su grado y nombre completo; no era un fanfarrón, simplemente decía: “yo también tuve madre”. Después de once años en Homicidios, tanto Martínez como Rosales respetaban sus deseos y éste les respetaba también cuando le dispensaban dicha cortesía. Había una muerte que aclarar, aparente-

mente provocada y no iban a distraerse con delicadezas infantiles.

—Capitán Enrique Godínez Velázquez, buenas noches. Yo creo que es un homicidio. Le amarraron las manos, quemaron esta casa y lo arrojaron a la lumbre, 80% del cuerpo quemado. Creo que con los tatuajes, los vecinos lo van a identificar. Esto se va a poner peor, no sé, tal vez no hemos puesto atención en otros casos. Parece que es cholo o darketo. Los aretes de las orejas, nariz y cejas se le derritieron en la cara; creo que esto comienza una cadena o es un eslabón que sigue a ésta. ¡Tenemos un asesino serial en Guadalajara!, como el Mata-indigentes de los ochenta, sólo que éste es un fanático de la justicia.

Rosales se secó la cara que escurría agua y sudores mezclados, quiso preguntar algo; sin embargo, se contuvo, ya le habían dado un *Hammurabi* y con eso tenía que empezar a trabajar. El capitán Enrique Godínez Velázquez entendió el gesto de Rosales y habló por él:

—¿Por dónde va la cosa? ¿El cabrón que lo mató se cree Batman o miembro de la Liga de la Justicia?

—No. Se cree La mano de Dios.

11:22 de la noche:

Rosales tenía veinticuatro carpetas verdes sobre su escritorio. Había revisado dieciséis desde que dejaron la escena del crimen. Tenía café, galletas, todas

las oficinas intensamente iluminadas y siete computadoras encendidas.

Nadie respeta el aviso de NO FUMAR, el aire viciado se estancaba un momento en los pasillos y luego desaparecía arrastrado por el viento hacia lo ventanales.

—Mensajes Rosales, necesitamos mensajes o coincidencias, yo qué te voy a decir, usa tu intuición —aconsejó Martínez mientras encendía su monitor, tecléo su clave de siete dígitos y tres letras, con la que entró al sistema. En la barra de tareas encontró el *link* que lo conectaba con la base de datos del FBI, luego de tres segundos de dudar, también se conectó a INTERPOL, Scotland Yard, y al CIJ (Corte Internacional de Justicia). “Puede ser extranjero, un gringo, un viajero europeo, un perseguido... o un desadaptado local. ¡Carajos!”.

—Jefe, en Guanajuato, el año pasado durante el Festival Internacional Cervantino, encontraron la Ley 26, ¿se la leo?

—Sí.

Ley 26: Si un oficial o soldado que recibió orden de marchar en una expedición oficial, no marchó, aunque hubiese enviado un mercenario y éste hubiera ido, este oficial o soldado recibirá la muerte y su reemplazante tomará su casa.

—Déjeme adivinar... no, mejor tú dime.

—General retirado del Ejército Mexicano, Teófilo Rodríguez Ballardo. Le abrieron la cabeza con un piolet.

—¡Ja!, como a Trotsky.

—¿Es ruso?

—Sí, *era* ruso, de hace como cincuenta años. La conexión es la nota, no el piolet. No vamos con los gringos, parece que nuestro justiciero es nacional. Analicemos, Watson; o está llenando su colección de artículos o va en sentido descendente, quizá sólo son coincidencias y mata a los tipos al azar (no sabemos si también hay mujeres) y los asesina según se acomoden a las leyes.

Rosales rió alegremente e hizo una mueca en su cara. Su jefe leía cosas raras que le servían en casos raros como éste. Leía un libro cada mes. Un libro cada vez que su superior visitaba la Gandhi de López Cotilla. Así conoció a Watson, Mycroft, Moriarty y Sherlock... le faltaban trece de los cincuenta y seis relatos.

3:30 de la madrugada:

Ley 34: Si un gobernador o un prefecto se han apoderado de los bienes de un oficial, han causado daño a un oficial, han dado en locación un oficial, han regalado un oficial, en un proceso, a uno más poderoso, han quitado a un oficial en regalo que el rey le había dado, este gobernador y este prefecto recibirán la muerte.

Ley 143: Si una mujer no ha sido correcta y vigilante y hay

error en su conducta, si disipa el patrimonio, si ha descuidado la atención de su marido, ésta será arrojada al agua.

Ley 192: Si el hijo de un favorito o de una cortesana dijo al padre que lo crió o la madre que lo crió: “tú no eres mi padre” o “tú no eres mi madre”, se le cortará la lengua.

Rosales explicó su informe:

—Irapuato, Querétaro y Tlalnepantla. 2012, 2011 y 2010. Uno por año y va caminando. Un presidente municipal, una profesora de primaria y un junior adinerado mutilado de la lengua y después asesinado. Las edades no son factor, posiblemente se enteran de ellos en los periódicos, en la tele o en internet. Sospecho que va pa'l norte.

Martínez se incorporó del mullido sillón de piel y cortó el aire con la mano derecha, pidiendo permiso. Rosales afirmó con la cabeza y esperó.

—No. Los conoce, son sus parientes o ha estado en alguna discusión o conversación cerca de ellos. El primer muerto podría haber sido su hijo o su hermano, que le contestaban con groserías a su esposa, a su madre; quizá fue alguna escenita en algún restaurante y decidió darle una lección al chavo. Entonces, se lo apropia, pero no como asesinato sino como JUSTICIA. También parece que fue a la escuela, el *Código de Hammurabi* no se vende en Soriana o en el Oxxo.

—En Liverpool, en Sears o en Las Nuevas Fábricas. Atiende lugares de ricos, seguramente se aco-

moda en un buen hotel. Necesitamos los registros de las últimas veinticuatro horas. Creo que no se moverá en un año. Encontré tres testigos, pero son albañiles y un minibusero. No será útil buscarlos.

—Bien, Sherlock, bien. Búscate a Godínez y pídele su escuadrón, este güey va a querer llevarnos si no encuentra salida. Nunca acorrales a un perro.

No había salida por Maestranza, Morelos y Pedro Moreno, fueron silenciosamente cerradas a taxis, trolebuses de la ruta 500 y automovilistas.

6:57 de la mañana:

Hacía fresco, la plaza de los tres poderes estaba limpia, barrida por el chubasco de las seis treinta, aunque ahora las nubes habían desaparecido casi misteriosamente.

Hotel Francés. Un hotel especial: además de las comodidades y servicios de lujo a las habitaciones, tenían veinticuatro cámaras de video funcionando al cien por ciento.

Rosales, Martínez y el capitán Enrique Godínez Velázquez, con diez policías y dos francotiradores en la azotea frente del hotel, lo tenían identificado.

Foto, escolaridad, etcétera. Era un descarado, en cada ciudad que paraba no ocultaba su nombre, usaba sus tarjetas de crédito, recogía su pensión mensual de la SEP con su credencial del IFE y allí se queda-

ba viviendo un año, como lo sospechaba Rosales. El administrador de La Fuente le sirvió personalmente tres tequilas derechos y lo despidió a la una de la madrugada. No hubo ninguna pregunta sobre la bicicleta montada en la pared, detrás del mostrador...

Carlos Fernando Rebollar Talavera. Cincuenta y cuatro años de edad, profesor catedrático Asociado A. Treinta y dos años como docente en la Escuela Técnica Industrial 61, jubilado... y asesino.

Habitación catorce, primer piso.

—Localizado. Sale de su cuarto y se dirige a las escaleras —carraspeó la radio portátil desde la banda tres.

Miró a su alrededor. Era un buen observador, sin pensarlo dos veces sacó una *beretta* escupe muerte a trescientos metros por segundo, de dieciséis tiros, tal vez comprada en seis mil o siete mil pesos.

Diez tiros salieron rugiendo en búsqueda de carne y huesos, pero cuatro Taurus PT 100 brasileñas detuvieron la ráfaga. El cuerpo de Rebollar fue despanzurrado como una roja granada que se estrelló contra una pared. El capitán Enrique Godínez Velázquez vociferó para que sus subordinados se detuvieran.

—Lo tenemos —afirmó sin emoción Martínez.

—Y no me dio tiempo de buscarle una ley para aplicársela.

—¿Una ley?

—*Hammurabi*.

Tránsito en bebida

El origen de los cristales más bellos y llamativos, oasis de copas y botellas para atender al miserable, se encuentra tras puertas poco iluminadas y sospechosas; marcadas con repudio por la mirada ajena de la mojigata seriedad. Aunque tugurio para algunos, el hombre de corbata siente que cualquier nudo se deshace con sólo pasar frente a tan refinado lugar. Siempre hay un recuerdo en la lengua que la mente no comparte ni comprende, mucho menos entienden nuestros seres cómo es que la nada puede atraernos tanto; en ese pequeño plazo entre el conflicto y la conciliación de una decisión, es casi como si el vacío interno se viera encajado y reconocido por el entorno.

No hay manera de resistirse, las piernas cobran vida y están decididas a entrar. Cómo podría oponerse alguien que tiene un turno laboral de doce horas, alguien que recibe archivos a diario sin una mirada, como una máquina, alguien que ha sido abandona-

do hasta por su sombra; alguien con condiciones ligeramente mejores a las mías.

Cruzada la barrera de vidrio con letrero de abierto, los primeros pasos se ven envueltos en el místico humo del tabaco, provocando una ilusoria niebla, como una fantasía grisácea que tatúa temporalmente en la mente la imagen justa del lugar al que el cigarrillo conduce: el pacífico abrazo de la tumba.

La insolencia al hígado es bien recibida, el clamor de la cerveza llama a lo lejos, cánticos espumosos se ciernen bajo un risco de cristal tallado, al borde uno se siente cobijado por los agudos temblores del frágil hielo; con el paso del tiempo y la constancia en las visitas se aprende a distinguir la frialdad, no es aire acondicionado, no es la mirada popular, no es un archivero de metal abriendo su gaveta para adueñarse de ti cada día, es una gélida amiga dispuesta a aliviar tus males.

No hay exclusiones terrenas, apariencia, clase, sólo materiales, efectivo; el resto del mundo ya no importa, pues siempre hay un sólido monumento esperando al necesitado, cripta de cuatro patas en que se puede escribir gustosamente un epitafio, mullido pero firme. Hay más asientos pero yo prefiero estar aquí, ya que nadie intenta escudriñar mi alma a través de mis ojos. La vista periférica se entrena como nunca, un par de comentarios amistosos son suficientes para caer en cuenta de la inte-

gración familiar del lugar, la cual se renueva y se transforma cada salida y entrada.

Los muertos generalmente no hablan, no hay Dios que quiera escucharlos pues ya no tienen valor ni para ellos mismos, sin embargo, aquí se puede abrir libremente la boca sin temor de que la tierra ahogue tu voz, sin temor a la propia ineptitud, con la certeza de que las mentiras han perdido relevancia, las exageraciones son charla de nobles y los incongruentes se entienden mejor que los amantes.

Comienzo a creer que la barra será un poco más larga el día de mañana, cada vez que agacho la mirada tengo que cambiar de punto al instante, esta bella madera embarnizada se convierte en arma de Perseo para reflejar a los monstruos. La espera se nota más intencional que nunca, mi pedido fue escuchado hace una eternidad, me parece, aunque nadie jamás me ha atendido cuando lo pido. No me acostumbro a la idea de que me seduzcan con ese trazo en mano, secando una escultura cristalina recién verificada, para mí y nadie más, para complacer mis deseos; incluso los ocultos. Aquí viene. Mi boca es un desierto, no la abro únicamente porque no quiero que me hagan la espera más larga, con mi evidente inquietud; no quiero ser artífice del daño a esta fina madera que ahora me hace llegar un par de sorbos de esperanza deslizándose cual fantasma por un corredor abandonado, y yo quiero estar poseído.

La magia ocurre en el poderoso elixir que resulta el licor al consumirse, convierte los lánguidos pasos de un hombre cuyo cuello sostiene un cuchillo por mero capricho, en alegres saltos descoordinados. Ese hermoso caudal maderoso que se tiñe de más colores que el arcoíris, su desembocadura ve renacer a los desdichados seres que alguna vez se sumergieron, ahora son hilarantes aberraciones risueñas de sus propias penurias. Ya no tengo miedo de deleitarme con el panorama, me siento valiente al mirar.

La mujer que en su empleo grita con indignación: “¡Misoginia!”. Ahí la tienen, implorando el calor de un hombre, suplicando con su escote prolongado hasta el final de sus pechos algo de atención. Saludó con respeto a aquel hombre, desdeña sus manos, las repudia como nunca; quiere arrancarlas de sus brazos y borrar la imagen de su esposa en ellos, desaparecer el rojo culpable con un rojo intenso de vida y resurrección otorgada por esa pared a cada puñetazo, su tenue amarillo es el mejor confesionario. Allá en la esquina hay otros cuyos pecados seguramente han sido con una falsa sonrisa esbozada en hora conveniente, con un gesto de desprecio ante el necesitado; ahora sus rostros no pueden dejar de impactarse con la pared, algunos han sido abandonados por sus cuerpos, solamente quedan sus excusas y disfraces. Yacen en el suelo. Heme aquí con un consejo inútil, pero espero sir-

va y sea escuchado por algún escenógrafo allá afuera. No hay mejor manera de agrietar una máscara como exponerla al alcohol.

Cuando la sensación decae, cuando las lágrimas llegan y uno se da cuenta que hizo un mal trato, cuando la dulce victoria de la desinhibición se vuelve amarga y pírrica; bendita tragedia. ¡Qué milagroso es el alcohol! Provoca que los demonios se acongojen y lleguen a un trémulo pero pacífico estado de genuflexión, se vuelvan en sí mismos y tengan una revitalización moral; aquella confianza que invertimos en quien sea, surgida de la baja autoestima. La más pura fe.

Reacciones diferentes. La corte entra en sesión, los caballeros están sentados en una mesa redonda compartiendo su sentir. Los mudos hablan y dan cátedra, los discursos hablan de lo inescrutable en la vida con tal profundidad, incluso me siento tentado a participar; pero es una exhortación orquestada con voces de sirena. No tengo nada qué agregar y mi cuerpo no ha recibido tanto castigo como para enseñar a estos profesores de cabello canoso. Tengo suficiente con este techo que da vueltas en torno mío, así debe sentirse el sol, con todo a su alrededor, indudable es el malestar y comprendo ya la razón de que el astro no nos permita verlo en tal estado.

Tumulto de colores danzantes, sangre ardiente, piel de carbón la nuestra. Infierno buscado con desesperación es esta sensación, tan necesario para el dolido

resulta el consuelo y la emoción desbordándose fuera de nuestros límites, barreras impuestas por otros. Por fin, ya era hora de que el inframundo permitiera la liberación de los condenados, aquellos que ya han tenido suficiente suplicio, al menos por hoy; vayan, descansen, curen sus fogosas cicatrices. Mi respeto infinito. Han logrado beber de un río en llamas por horas, sin reposo, y se dirán mil y una reprimendas; no habrá necesidad de escuchar las ajenas. ¡Nunca jamás! ¡No lo volveré a hacer! Vendrán mañana como fieles pecadores arrepentidos a recibir de nuevo su merecida tortura.

Aun así, el aguardiente no puede fundirnos a todos, la barra que alguna vez nos ofreciera una alternativa al naufragio emocional, nos abandona en el momento exacto en que uno vomita el corazón y ya no siente ni temblores. Uno de verdad quiere irse con el torbellino, no hay gloria en ahogarse y seguir respirando. No hay resaca tan dolorosa como la rutina y el encierro, al menos la cruda es obvia y precedera.

Conciencia, no eres necesaria, admite su error y viene con la palma extendida. Es demasiado tarde. Alivio otorgado, ¿misericordia?, se expulsa en cada exhalación, lenta, lenta y más profunda; mi corbata no me asfixia, la he perdido. La cuenta llega sin pedirla. Un resumen digno de recordarse pero seguramente es otra petición que me será negada, por mi mente al menos, mi cuerpo me lo achacará otro

día, igual que una madre ahora sustituida por una oficina. Comprendo, hasta ahora puedo hacerlo, estando en el piso es la única manera de lograrlo. Ver tan de cerca esa página que nadie quiere leer, que todos queremos arrancar culpando a la falta de autocontrol, a esa deliciosa ambrosía de cebada que no tiene falta alguna; la hoja de la que todos somos tinta, que todos escribimos a cada segundo que intentamos seguir ocultando lo que somos, aprendamos de las ollas de presión, revientan si se les oprime...

La Catedral abre sus puertas, las campanas son violentadas por un impávido badajo. No hay certeza en mi recuerdo, no hubo paz en mi cabeza, el tic-tac ya no marca el paso del tiempo por gigantesco que sea, al menos no para mí. Adiós, querida cantina.

El diminuto e irreal universo de tu piel y de mis monstruos

No.

¿Por qué no?

Porque no.

Sí.

¿Sí qué?

Lo que dijiste que no.

¿A qué le dije que no?

No sé.

Ah.

La extrañaré. Probablemente la extrañe más que a nadie en el mundo. No puedo evocarla más que como un monstruo.

¿Dónde está?

¡Ahí!

¡No me grites!

¡Pues no la ves!

¡Ya la vi!

¿Dónde está?

La perdí. Pero sí la había visto.

Era ella en la oscuridad, era ella en el frío, era su risa, eso fue lo que me salvó. Pero díganme ¿un salvador puede enamorarse de otro? ¿Un salvador puede declararle la guerra a otro? ¿Debo elegir? ¿Debo decidir si me quedo con mis monstruos o con ella? ¿Cuál salvación se supone que es la correcta? ¿Cuál es la que debo abandonar?

¿Qué está haciendo?

No sé.

¿Qué hace?

Llora.

¿Por qué?

Yo qué sé.

¡Va a voltear!

¡Agáchate!

La conocí de pronto. Tal vez la conocía desde siempre. Quizá cada paso que di en mi vida, había sido con el propósito de encontrarla. La venía mirando desde que cruzamos la calle juntos, en una jauría de gente que nada venía a hacer en una historia de monstruos y profetas como la mía. Caminé casi junto a ella, me sentía casi al lado de ella aunque estuviera varias vidas más adelante; caminaba únicamente

para ella. Nos subimos al mismo camión, me senté junto a ella. Nos sentamos juntos... juntos... juntos... Creo que empujé a varias personas gordas para llegar hasta ahí. La verdad es que no me importa, la verdad es que no hablamos, la verdad es que amé ese silencio, la verdad es que aún amo ese silencio; la verdad es que cuando me dijo: “¿Me podrías decir la hora?”, sentí una ligera decepción. La verdad es que cuando miré mi reloj detenido y dije: “Las tres y cuarto”, no pude creer que realmente fueran las tres y cuarto.

¿Ya no voltea?

No sé.

Debes saber.

Pues no sé.

¿Entonces?

Asómate.

No quiero. No puedo.

“Eres muy bonita”, dije. Ella se rió. Yo quise salir corriendo pero no lo hice. ¿Por qué? ¿Qué fuerza me obligó a quedarme? ¿Qué hacía yo ahí entre tantas vidas que iban a no sé dónde? ¿Qué venías a hacer tú en un transporte público que apenas y se movía? ¿Qué venía a hacer yo junto a la mujer más hermosa del planeta?

Hace frío.

Como siempre.

Pero no está ella.

Sí está.

Pero no conmigo.

Está allá. Abajo.

No puedo alcanzarla ya.

Me llevó a su habitación de hotel. Nunca había estado con una mujer, no así, no una como ella, no en un lugar como ése. Nunca hubo desnudez más perfecta, desnudez como la suya, como la nuestra. Nunca hubo mundo más pequeño que nuestro mundo, resumido en dos cuerpos de piel tibia, resumido en mis monstruos; mis monstruos resumidos en una mujer, una mujer suplantando a mis monstruos.

Voy a vomitar.

¿Y tus pastillas?

Las tiré. Por el lavabo.

¿Por qué?

Ya no lo soportaba.

Y ella...

No sé.

Y ellos...

Seguramente.

Ella estaba dormida en mis brazos, los dos desnudos. El mundo oscuro. Respiraba como una paloma. Sentía que en cualquier momento yo podría aplastarla, que en cualquier momento moriría por

mi causa. Traté de cerrar los ojos, pero no pude porque había alguien en la habitación, con nosotros, viéndonos, juzgando; quizá sonriendo, quizá llorando, quizá moviendo nerviosamente los dedos de la mano izquierda; pero ahí estaba. “¿Quieres deshacerte de nosotros?”, dijeron todos al mismo tiempo.

¿Ya se va?

Ya se va, pendejo.

¿Por qué?

Porque tú estás acá.

Vamos para allá.

Pues tú.

Tengo miedo.

Entonces no podía sino cuidarla, sino alejarla lo más posible de mis monstruos, de mis propias amenazas, de mis propios peligros. La protegía sin que se diera cuenta, porque ellos estaban asechando a diario. Porque ellos ya no la querían conmigo, con ellos. Y cada vez que la besaba no podía más que intentar aislarnos, que el beso en sí se convirtiera en nuestro mundo entero y que no nos encontraran. A ella le encantaba, por alguna razón, porque ella decía que yo era lo que necesitó durante todas esas noches de tormentas.

¿Ya se fue?

Yo qué sé.

Debes saber.

¿Por qué yo?

Porque sí.

Sal a ver.

¿Y si me ve?

Sería lo mejor que podría pasarte.

Esa noche, yo estaba en la calle, deambulando. Quizá no me tomé las pastillas, quizá simplemente me harté de estar como muerto. Pero los vi, o tal vez no; venían de todos lados de la calle hacia mí, con sus caras fúnebres. Eran dieciséis, todos provenientes de mis miedos infantiles, de mis esperanzas inocentes. Se me acercaron, me rodearon. No podía huir, no podía hacer nada. Uno de ellos, con sus colores de alebrije, con sus alas de arcángel, con la divinidad con la que debe hablar Dios, me preguntó: “¿Por qué quieres dejarnos?”. Yo le dije que no lo sabía. “Entonces ella sí”. Dijeron.

No se ha ido.

Qué bien ¿no?

No sé.

¿Quisieras que se fuera?

Tal vez.

Ve.

No puedo.

Entonces cállate.

Nos acosaban en todos lados, no hacían nada. Sólo nos veían, a veces sonreían; trataban de sacarme de quicio, su único propósito era volverme loco y yo lo sabía, sin embargo, estaba cayendo en su juego. Y ella estaba en medio, en un fuego cruzado que jamás acabaría bien. Primero traté de ser sutil, cuando llovía, la alejaba de las ventanas, la besaba, la llevaba a la habitación donde podíamos encerrarnos por horas, lejos de ellos, en nuestro mundo de piel, en nuestros sueños de papel. En las noches, fingía ver la televisión simplemente para no estar a oscuras, pero se volvió más difícil. Se volvió difícil explicar por qué no me bañaba, no se le puede explicar a alguien que hay tres monstruos esperándote dentro del espejo, no importaba cuántos antidepresivos, cuántas pastillas de nombres complicados tomara, seguían allí. Y yo no podía explicarle a ella el por qué no debía estar en la oscuridad más allá de las diez de la noche.

¿Qué está diciendo?

Quién sabe.

¿Dónde están ellos?

Quién sabe.

¿Qué tienes?

¿Qué tienes tú? Nada. No tengo nada. No soy nada.

Ella llegó esa noche a la casa. Todas las luces estaban encendidas, yo las prendí. Recuerdo que gritó mi nombre varias veces, que apagó la luz de la sala. Yo salí corriendo hacia ella. La abracé. Me pregun-

tó qué pasaba. Hacía mucho que ya no había diversión en su voz, que yo ya no le provocaba ternura. Lo dijo con cierto miedo, cierto pánico de una historia colapsando. “Escóndete”, le susurré. Me volvió a preguntar qué pasaba. No le dije lo que pasaba, no pude, no le dije. “Tienen la casa ocupada”, no le dije. “Están por todas partes, están buscándote”, no me atreví a confesar: “Van a matarte para tenerme de vuelta”. Una sombra sin cuerpo, una existencia sin luz empezó a acercarse a nosotros, sentí cómo cientos de ellos venían detrás de él. Arañas, ciempiés, serpientes y relojes. Ella no parecía verlo, la tomé del brazo y la llevé al baño. Temblaba. No sabía qué hacer. Cerré la puerta y nos encerré a los dos ahí. Ella me gritó, me preguntó que si había perdido el juicio. Yo pensé que probablemente sí. Mis monstruos luchaban por entrar. Ella se fue a una esquina y comenzó a hablar sola, quizás a sollozar. Yo trataba de evitar que entraran, que le hicieran daño, porque sabía que si entraban acabarían corrompiéndome. Veía sus manos, sus dedos largos y sus garras, golpeando el cristal. Lo rompieron. Soltaron gritos que se asemejaban al llanto de un bebé. Los cristales rotos se esparcieron por el suelo. ¿Cómo podía no ser real aquello? ¿Cómo podía ser mi imaginación si ella estaba gritando de terror en la esquina del baño? ¿Si mi mano sangraba y ellos gritaban? ¡No iba a permitir que le hicieran daño! De pronto, los gritos cesaron. Mis monstruos se fueron. Casi

al mismo tiempo que entró la policía y me tiró al suelo.

Podríamos ir... decirle que se quede...
¿Ahora eres tú quien habla primero?
Sí.

No voy a hacer eso.
¿Por qué no?
Quizás es lo mejor.
Ni tú te lo crees.
No.

Violencia doméstica, esquizofrenia negligencia médica, amenaza pública. Sólo alcanzaba a escuchar palabras al azar y ellos ya no aparecían. ¿Dónde estaban? ¿Se habían rendido? ¿Sería yo feliz al fin? Creí que sí, creí que todo se había arreglado al fin. Me sentí tan liberado que olvidé mentir, olvidé decir “Sí tomé los antidepresivos” y olvidé decir “quédate”.

“Voy a irme”. Y su voz se quebró. Acarició religiosamente mi cabello.

¿No vas a decir nada?

No tengo nada qué decir.

Qué pendejo estás.

No puedo decir nada.

Qué pendejos estamos.

“Gabriel, ¿me escuchaste?”. Su voz parecía quebrarse.
“Gabriel...”

Haz algo.

Ya no se puede hacer nada.

“¡Putra madre, sé que estás despierto, Gabriel!”. Me sacudió en la cama.

Tienes que detenerla.

Ya lo intenté.

¡No puedes quedarte aquí!

“Yo te quise. Yo te amaba”. Lloraba abiertamente. Fuertes sollozos de pronto.

¡Haz algo!

No...

¡Se va a largar, por Dios!

“Yo existo. Creo que al final lo olvidaste”. Y se volteó.

Bien, pendejo. Quédate aquí.

...

¡Se está yendo!

...

¡Haz algo!

Se detuvo antes de cerrar la puerta y se largó. Ya no volvería, nunca. Ni yo tampoco, yo ya estaba muerto; no había razones para existir. Todo era demasiado para mí, para mi frágil existencia.

No pienso quedarme aquí.

¿Qué?

¿Qué más puede pasar? Ellos ganaron, ella se fue.

No, no, no...

Ya es tarde.

¡Quédate!

Debiste decirle eso a ella.

¡No!

Salgo corriendo de la habitación. Ya no está en el pasillo, corro lo más rápido que puedo, el suelo está mojado y me resbalo. Huele a cloro. Me levanto. Encuentro el balcón. Ella está en la sala, no puedo ir a detenerla; se despide de todos en el hotel, de mi psicólogo... no. Él va con ella. Se despide de personas que no conozco, revisa sus maletas, está haciendo tiempo. ¿Para qué? Voltea y yo me agacho, no quiero que me vea; creo que llora. Lágrimas. ¿Son lágrimas? Y se va. Simplemente sale por la puerta. Ya, fue todo. No, no puedo permitirlo. Corro, bajo las escaleras, llego a la sala; corro, choco con un sillón, me escondo detrás de él. Las luces de una camioneta se encienden afuera, deben ser como las cinco de la mañana. Las luces se alejan, las sigo con la mirada hasta que se pierden y eso es todo. Me quedé aquí como idiota, observando. No hice nada, no la detuve, no le grité. No corrí dramáticamente tras la camioneta, me quedé tras un puto sillón a ver cómo se iba. Y ya, ya no está, ya no la tengo, ya no volverá.

“Hola”, es la voz de un hombre, no quiero voltear, pero volteo lentamente. Es un trabajador del hotel. “¿Estás bien?”, me pregunta. Sólo asiento con la cabeza. Las lágrimas quizá me contradicen pero no

me importa. “La querías”, dice, yo asiento con la cabeza otra vez. “Debiste decírselo. Siempre debes decirlo”, asiento con la cabeza. Ni siquiera me importa si este hombre es real o no. “¿Qué harás?”, me pregunta. Y arriba, en el balcón, están ellos; todos y cada uno de mis monstruos, los veo y respiro, y vivo, y sueño, y despierto, y recuerdo, y siento, y sonrío. “No lo sé”, respondo. Mi garganta se siente rara, como si no fuera la voz mía. “¿Qué se hace después de morir?”, pero enseguida me corrijo; o quizá no, quizás es sólo una extensión de la misma pregunta. Después de que acaba una vida, sólo puede comenzar otra, ¿o no? “¿Qué se hace después de nacer?”.

Petición

Bebí el último sorbo de café que parecía más bien un agua fresca, fue entonces cuando me di cuenta que llevaba horas; tres horas con veinticinco minutos, para ser exactos, sentado en mi sillita giratoria frente a mi escritorio, absorto en el mismo caso. Tan sólo el día de hoy había releído el informe tres veces esperando encontrar algo extraordinario, repasaba cada uno de los datos y argumentos de los abogados, reproducía las sesiones pasadas...

—Don Isaac, deje eso, ya es tarde. Mañana continuaremos leyéndolo, por hoy no queda más por hacer —interrumpió el intempestivo de mi asistente.

“¡Qué tipo tan molesto!”, pensé en ese instante, lo pensaba a diario pero me detenía para decírselo. Además creo que tenía una pizca de razón, es decir, claro que había más por hacer; siempre hay algo más que pueda indagarse. Odio a las estúpidas personas conformistas, pero esta vez me sentía como un juez bastante idiota, de esos que se encaprichan

tanto por resolver un caso que se inventan cuentos fantásticos e historias alejadas de la verdad.

Me dirigí a mi habitación en el segundo piso, aventé los mocasines, deshice el nudo de mi corbata y me desvestí. Había tenido un día normal: un caso más, un par de veredictos, una carga de conciencia menos o más; a decir verdad, jamás me afectaba.

Seleccioné la pista musical *El cóndor pasa* en mi teléfono y me dispuse a dormir. “¡Amelia no es lo que parece!”, resonaron esas palabras en mi minuciosa y compulsiva mente, junto con la imagen de aquella mujer, de... ¿cómo se llamaba? ¡Ah sí! Sandra, esa señora repitiéndome a gritos violentos y rogando porque hiciera justicia por su ya comido por los gusanos esposo.

Tengo un código de ética propio en el que se estipula claramente que no está permitido aprenderme los nombres de los implicados en mis casos, yo sólo tengo que ser imparcial y meramente justo; los datos irrelevantes deben quedarse ahí en el limbo, en el archivero de las cosas que me importan un carajo. Pero al parecer esta vez decidí echar por la borda mis propias normas. Hace ya más de dos días que debí haber dado por cerrado este asunto, la situación era bastante obvia y las pruebas en contra de Amelia, demasiadas.

El cóndor pasa y otras quince canciones de flauta de pan fueron suficientes para que me durmiera. A la mañana siguiente Carlos casi tumbó mi puerta, su-

pongo que llevaba ya varios minutos intentando despertarme. Jamás me había pasado esto. Se me había hecho tardísimo y en media hora tendría la sesión con el caso 3II, que por primera vez en mis quince años de experiencia me había quitado el sueño.

—Iniciada la sesión. Lea los antecedentes del proceso —ordené a Carlos.

—3II. Se acusa a esta mujer de haber asesinado a su amante. La demandante es la viuda.

—¿Cómo se declara Ame... la acusada? —sentí la mirada de Carlos sobre mí, obviamente lo notó, pero para mi alivio en toda la sala sólo él sabía que aquello había sido incorrecto.

—Inocente —asintió con la mayor de las seguridades, tranquila, pero observada. Súbitamente la viuda se abalanzó sobre ella, los oficiales la detuvieron y evitaron que le arruinara su celestial rostro.

—Tendremos un receso de diez minutos —anunció Carlos sin mi consentimiento.

—El caso es más que obvio. ¿Qué está esperando para dictar su sentencia? ¡Este proceso no puede posponerse ni una sesión más! ¿Qué diablos le sucede don Isaac? —dijo furiosamente, cuando era de suponerse que el furioso debía ser yo, por atribuirse cargos que no le correspondían.

—Vamos a tener las sesiones que yo considere necesarias. Soy el juez, la autoridad; soy quien toma las decisiones así que límitate a seguir mis instrucciones y no vuelvas a ordenar cosas que yo no dis-

ponga, ni te sientas con esa libertad —dije para remarcarle los límites de patrón-empleado.

De mala gana y con justa razón, Carlos anunció que el receso había terminado, cada quien fue a sus respectivos puestos.

—Continuaré con el resumen de lo hasta hoy expuesto: la parte demandante acusa a la señorita Amelia de ser la amante del difunto señor Josué y de haberlo matado en un acto de venganza y desesperación, la parte acusada se declara totalmente inocente. Ahora procederemos a escuchar, y a que el jurado analice las nuevas pruebas que serán presentadas.

Abogado acusante:

—Mi cliente asegura que desde hace ya varios meses su marido tenía conductas extrañas: al salir del trabajo no regresaba a casa y la actitud con su esposa cambió drásticamente. Quizá consideren todo esto como datos irrelevantes, pero aquí están las pruebas: mensajes donde el difunto y la señorita Amelia se ponían de acuerdo para encontrarse. En la pantalla pueden observar los mensajes que el señor Josué envió a la acusada, obviamente escritos con algunas claves para que no pudiesen ser descubiertos:

“Estaré ahí en menos de media hora”. “Hoy es el día. Gracias por todo Amelia”. “Te espero, ojalá hayas reflexionado bien sobre esta decisión, nada que agradecer”.

—Podemos deducir por estos mensajes y los que anteriormente observamos que ése era el día

en que escaparían juntos, y aunque... eso no prueba que la señorita lo hubiera asesinado, los próximos mensajes son evidentes:

“Perdón por el retraso, estoy nervioso, sé que quiero hacerlo y que eres la persona indicada, pero ahora me preocupa mi familia”.

—Este último mensaje no recibió la respuesta de Amelia, quien seguramente debió molestarse mucho por el cambio de opinión, entonces planeó las cosas y...

—¡Está especulando, señor!

—Abogado, ¡límitese a mostrar las pruebas!

Doña Sandra reaccionó de nuevo violentamente:

—¡Eres una maldita! Mataste a mi esposo sólo porque no quiso escapar contigo. ¡Maldita!

—Éviteme la pena de tener que sacarla de la sala. Necesitamos analizar las nuevas evidencias, el martes será la próxima y definitiva sesión. Hasta entonces.

Cancelé los siguientes dos juicios del día, para mí eran casos sin importancia, al menos no como el actual. Tomé todos los datos, papeles, pruebas y las carpetas de cada uno de los abogados; todo lo que se le entrega al jurado.

Al salir de mi oficina, una voz tierna y tímida me detuvo...

—Señor juez. Yo... yo no era su amante. Se lo puedo jurar —dijo la hermosa y despampanante Amelia. Mis ojos se abalanzaron sobre su cuerpo y la recorrieron por completo. Era tan fina y estaba

elegantemente vestida, su traje no dejaba nada a la vista y para nada era vulgar; por el contrario, era recatado y formal. —Señor... en verdad.

—Discúlpeme, señorita, no puedo mantener conversación con usted. —Mi ética y profesionalismo debían ser prioridad.

Llegué a casa, cené algo ligero y poco tiempo después llegó Carlos. No dejé que pronunciara palabra alguna.

—Te doy el día, es más, no quiero verte hasta el martes.

Tenía mucho por investigar y no me daría por vencido hasta llegar al final de las cosas, saber la verdad y poder desenmarañar el lío de la hermosa mujer.

El diálogo fuera del juzgado con Amelia seguía presente en mi conciencia. Ella aseguraba que no había sido su amante, pero jamás negó haberlo matado.

Hojeé el expediente del caso, leí los datos básicos de la señora Sandra y no había nada fuera de lo común, lo mismo con Amelia.

—El plazo se cumple y debo dormir.

Me repetí: “La mente es de quien la posee y sabe manejarla, no permitas que ella te controle a ti”, pero aún así ella venció. “Amelia Bustamante Olmera”, tecleé en mi laptop; aparecieron páginas de mujeres con fotos que obviamente no eran de ella así que seguí hacia abajo... Amelia Bustamante Olmera, médico cirujano, renombrada. Egresada de la

universidad de Cambridge. Su foto actual. ¡No era posible!

Martes veinticinco. Juzgado central:

—Doy por iniciada la sesión y me veo en la necesidad de charlar con el jurado a solas. Pasen a mi despacho. —Procedí a presentarles las pruebas, el expediente médico de Josué que obtuve, la cédula profesional y mis conclusiones:

—Era... era su, su doctora, miembros del jurado. Ella no era su amante. Lo mató acatando sus deseos en un acto piadoso para evitarle una muerte lenta y dolorosa que por su enfermedad estaba destinado a tener y a su familia la pena de verlo morir así.

Atónitos ellos y yo a la expectativa, regresamos todos a la sala.

—Por el cargo de homicidio. ¿Cómo se le declara?

—Culpable. Tres años de cárcel, por el delito de eutanasia y el retiro de su licencia de médico, permanentemente.

Microrrelato

El ejercicio ideal de síntesis

Óscar Tagle

Elogio a la rapidez, al menos eso es lo que parece regir en estos tiempos en que lo instantáneo se escapa y busca asirse como nunca, con la ayuda de cualquier soporte tecnológico; modernidad a la que nos dirigimos, mientras nos damos cuenta que ya pasó de largo.

La escritura no es ajena a este ritmo, sin embargo, la brevedad ya estaba entre nosotros como antídoto. La corteidad en oposición a la prisa. Breve nunca será sinónimo de rápido, sino de bien escrito, todo lo contrario. Lo que hay que elogiar a la economía de medios en literatura es la celebridad del segundo y su reflejo, bocado sustancioso para la memoria del atento y cómplice lector, que se quedará con la imagen de estas ráfagas.

Esta serie de microrrelatos de jóvenes autores cuenta lentamente el tiempo, su instantánea de texturas híbridas, evidentes lecturas y referencias literarias, con personalidad que ya se apropia de una voz particular; asimismo, sobresale la intención del juego como planteamiento; no corre prisa, el disfrute de las microhistorias nada tiene que ver con lo fugaz, sino con lo súbito de sus imaginerías. En la realización de estos textos, como los géneros cortos, cuenta mucho más todo aquello que no está escrito, o lo que con inseguridad se eliminó cautelosamente en el mejor de los casos.

Tiempo y trabajo, de lectura y de escritura, es lo que aquí se condensa. En el proceso de la escritura no hay cabida para

el apuro. Y si bien en el delicado proceso literario no se pueden aplicar las prontitudes que ahora invaden todo, sí se pueden ajustar los objetivos constructivos y genéricos a las nuevas modalidades de comunicación.

Para contar historias, las cortedades literarias, en estos tiempos de fugacidad exasperante, son el ejercicio ideal de síntesis y estas voces y estilos individuales se dejan notar, evidenciando a muchos escritores hábiles en ciernes, en una compilación de narraciones donde el lector encontrará hilos de suspenso y urdimbres sorprendidas.

A tientes, la creación

Cuánto le gustaba jugar a ser el Gran Creador. Esa clase de oficios le resultó siempre amena. Le gustaba, sobre todo, hacer como que hacía la luz, los truenos, los ladridos; jugaba a plañir el agua, a echar a andar los ciclones. Se metía la mano por debajo del vestido y jugaba a hacerse los dedos, a moldear la masa no nacida. Sordamente se tanteaba la hebilla carnuda, la sonrisa apretada, los labios. Se le erizaba el magma, se le encendía. ¡Cataplum! Sentía dilatársele el cosmos entre las piernas, tendida.

Inception

Ya deja eso, no vas a ganar ese concurso. ¡Déjame en paz! Si yo quiero escribiré un microrrelato y ya. No te pongas así, no es con mala intención; ya sabes cómo digo yo las cosas... pero también sabes que no vas a ganar, no tienes talento. ¿Y qué importa el talento? Yo quiero escribir y entrar en la convocatoria porque sí y ya. Ajá, claro. Y a todo esto... ¿De qué trata tu cuento? Es un microrrelato y se trata de ti. ¿De verdad? ¿Y qué tanto pusiste de mí? A ver. Que te morías. Chistoso... Pero resultó que en realidad no morías, sólo lo había soñado. Uy, eso me hace sentir mejor. ¿Entonces sólo había sido un sueño? Sí. Yo siempre supe que al despertar, tu tiranosáurica existencia seguiría allí. Pendejo.

Prosódico

Casi terminaba el espacio invisible que llenaba poco a poco. Ahora lo tenía en cuenta después de tanto tiempo. Es lo que los demás quieren, un buen relato, pero sin moraleja; un hombre genuino parecido a todos los grandes, una nueva especie inventada por científicos, un personaje de cuento de otros autores. Saldría del sótano para mostrarse ante los demás, aunque sólo diría lo que los otros querían oír. Parecía un objeto procesado de la industria. Es perfecto, lo que le impide cometer errores, sin bromas, sin guasas. Sus ojos eran pantallas de ilusión, sus oídos eran bocinas de hipocresía, su historia un mito, su boca una grabación de alguien más. Prefirió no serlo más. Salió decidido sin percatarse de que podría ir a todos lados, menos hacia adelante...

Eugenio David Aguilar Díaz [<<SinEdad>>]

Preparatoria Regional de Tecolotlán

Creador del creador del personaje

—¿Qué haces con ese lápiz?

—Escribiré tu historia.

—¡Ja! Claro.

No creía en el poder que la otra persona tenía sobre él, sin embargo, era increíble.

“La duda invadía su mente, no sabía quién era, estaba confundido, tenía miedo de lo que pudiera hacer ¿y si era cierto que él podía controlarle?”, escribió.

—Tienes miedo, ¿cierto?

—No. “Sí” —pensó.

—Lo sabía. Yo tengo el control sobre ti y nadie de mí.

—¿Seguro? —le dije entre risas.

Arrugué la hoja.

—¡¿Qué haces?! —se oyeron dos voces asustadas al unísono al momento de tirar la hoja al cesto de basura.

Ficción

Creía en la vida después de la muerte y nunca miraba a ambos lados antes de atravesar la calle. Un día, al cruzar, pisó sus sesos esparcidos sobre el asfalto.

Cartas a Carolin Philipps

Cartas al autor: la apacible y profunda velocidad del pensamiento

Jorge Díaz B.

*...serás, irás adentro
de una gota de sangre que circule en mis venas.*

PABLO NERUDA (*LA CARTA EN EL CAMINO*)

Hubo un tiempo en el que las cartas representaron la mejor y más difundida forma para comunicarnos a través de la distancia: un soldado relataba a su madre las tragedias de la guerra y firmaba un "te extraño" que sellaba la profunda conexión humana de la que era capaz esa rústica tecnología de papel y tinta.

Otros medios de contacto, como el tren, hicieron posible una nueva conexión cultural, cerrando la brecha del tiempo y la distancia que hoy son prácticamente inexistentes. No han pasado muchos siglos desde que el hombre de a pie tuvo a su alcance la posibilidad de conocer al amor de su vida en algún lugar más allá de los límites de su pueblo. Pero con todo y tren, carreta o automóvil, hasta antes del contacto inmediato que propició el teléfono, las cartas siguieron siendo el más entrañable de los medios a través de los cuales nos conectábamos íntimamente con alguien.

Los medios digitales y la *libre esclavitud* que nos ofrecen los *smartphones*, aunados al endiosamiento de la velocidad, han hecho de las cartas un artefacto algo menos que inútil; la carta es el velocista del siglo pasado, añejado y rebasado por otros más jóvenes. Y sin embargo, para conectar una experiencia profunda, sigo creyendo que la parsimonia es un ingrediente indispensable.

Sostengo que las experiencias profundas han de ser cinceladas con el tiempo que en ellas invertimos; es la razón por la que la televisión permite experiencias intensas, pero superficiales, y es también la explicación de que nuestras relaciones personales se hayan modificado tanto en su naturaleza: los hombres y mujeres del siglo XXI somos expertos en generar relaciones, pero, tensos en vivir tan rápido y tan intenso como sea posible, nos vemos impedidos de enriquecer y sostener esas relaciones, hasta que, incapaces de hacerlo, tomamos la solución más simple (y a la vez más rápida): romper con ellas. En síntesis: somos hábiles para generar nuevas relaciones, pero incapaces de sostenerlas y casi inútiles para terminarlas sin dejar cadáveres al paso.

Celebro estas cartas, más que con el ser escritor, con el ser humano, y celebro que los jóvenes tengan acercamiento a la prehistoria de los *hashtags*, los sms, el *email* y las redes sociales. La vuelta a las cartas, aunque sea con el pretexto que nos ocupa ahora, nos vuelve también al ejercicio de la imaginación, del orden conceptual, de la memoria... y con el tiempo —quién lo sabe— al ejercicio donde la mano dibujaba lo que dictaba el eco del hombrecillo que llevamos

preso en algún lugar de nuestro origen semiótico. Celebro, con especial énfasis, el ejercicio de la comunicación humana: una carta nos conecta de modo profundo con ese otro al que inevitablemente dirigimos un mensaje, el principal: el de ser leídos y escuchados desde el eco que nos llama, preso ahí para liberarnos.

Zapopan, Jalisco, 22 de agosto de 2014

Querida Carolin Philipps:

¿Quién es usted? Una historiadora, una escritora, una atrapadora de sueños que gusta de hacer sufrir a sus lectores sembrando en ellos una pequeña esperanza de que su libro será una lectura que al final presentará la satisfacción de que no fue inútil seguir leyendo página tras página, con los sentimientos a flor de piel y el corazón en la garganta.

No niego mi admiración por su libro, pues ha logrado que me identifique con él de muchos modos; principalmente con Lea, pues es tan joven, llena de vitalidad y con ganas de aprender toda una vida en un suspiro. Es un poco torpe, quizá, pero valiente; estas características son muy comunes en un adolescente como yo, por ello es imposible no quedar atrapado por la historia.

Usted ha sido la culpable de que yo me haya puesto a imaginar lo que haría si estuviera en el pa-

pel de Lea, de experimentar el nerviosismo que causa el saber cuál es mi pasado, cuál es mi presente y cuál será mi futuro. De igual forma no sé cómo podría llevar el duelo de la adopción y el adaptarme a una nueva vida y una nueva familia.

Imagino muchas veces la incertidumbre y la tristeza que vivió Lea cuando era agredida por sus compañeros y me doy cuenta que realmente no estamos muy lejos de la realidad. Millones de jóvenes sufren (por no decir que sufrimos) a causa de ser diferentes o por tener un aspecto distinto al de los demás; supongo que no ser igual a la mayoría resulta en repetidas ocasiones incómodo y hasta doloroso, pues siempre la gente suele criticar y prejuizar a los demás por las apariencias, tal y como lo fue para Lea el vivir ese proceso.

En el libro no logré encontrar respuesta a todas mis preguntas o quizá no estaban escritas, seguramente tengo que deducirlas.

Su enigma asiático se fragmenta de modo que las piezas que lo forman se encuentran regadas entre China y Alemania, dando así a la protagonista la tarea de ir descubriéndolas una a una; por ello me pregunto: ¿cómo sabe Lea quién es realmente? ¿La que nació en China o la que creció en Alemania?

Ante lo anterior considero que la vida da muchas vueltas y que ella lo comprueba por sí misma, no hace falta que busque su pasado, su pasado la busca a ella para que se encuentren y por fin logre

unir las piezas del rompecabezas que gira a su alrededor.

Por otra parte, pienso que las mentiras y el engaño siempre suelen descubrirse, o al menos eso me dice mi padre: “*no mientas y no obres mal*”, alecciona cada vez que tiene oportunidad; ¡y estoy de acuerdo con él! Por esa razón, este libro ha cobrado mayor importancia, pues se ha revelado como un engrane más sobre el que giran mis creencias y valores.

Una nueva vida, una familia y un nombre no ayudan mucho a que Lea vea claro quién es y de dónde proviene realmente, por lo que está en una búsqueda constante para encontrar la verdad.

Su libro, Carolin, me ha llevado a experimentar un momento de conmoción cuando Lea por fin logra encontrarse con su madre biológica. El encuentro quizá puede parecer típico, pero al echar a andar un poco la imaginación me di cuenta de que no es simple ni típico. ¿Cómo puede ser considerado normal el reencuentro de una madre y una hija después de dieciséis años? ¿Qué puede sentir una madre justo en el momento de ver de nuevo a aquella hija que dio en adopción para ser protegida por unos extraños? Esta situación se da en medio de lágrimas y sufrimiento que acompañan el momento, pero ¿qué sintió realmente?, ¿dolor o alegría? Espero que un día usted me pueda responder.

Considero, por otra parte, que su libro presenta, como su nombre lo dice, un enigma, pues el nom-

bre de la joven es, sin duda alguna, parte del rompecabezas que los padres adoptivos de Lea le ocultaron erróneamente, lo que hace el momento más emotivo: cuando la madre biológica de Lea le llama por su verdadero nombre: *Yin Yao*.

Debo decirle que me conmueve el simbolismo oculto en las flores blancas que se llevan la ira que Lea sintió durante mucho tiempo.

Debo confesarle mi asombro al conocer que su libro ofrece información acerca de la China del pasado. Había escuchado acerca de que en esta nación, la población mataba a los recién nacidos para evitar la sobrepoblación, pero jamás imaginé que sólo mataban a las niñas; esto me resultó indignante, no puedo ocultar mi repudio hacia esas personas que permitieron actos como el que usted presenta en su libro, por lo que me surge la siguiente pregunta: ¿cómo es que obligaban a las madres a matar a sus propias hijas? ¿Dónde queda el aspecto humano en estos hechos? ¿Sucedo esto actualmente? ¡Cómo deseo que me responda, Carolin Philipps!

No, no quiero tener un prejuicio acerca de un país que es potencia mundial en muchas actividades y quiero pensar realmente que en China no es todo malo. Lo cierto es que, hoy por hoy, usted creó un libro que ha dejado una profunda huella en mí y quiero pensar que también en la sociedad.

Me siento feliz e igualmente emocionada por tener la oportunidad de hacerle llegar la experiencia

que tuve al leer su maravilloso libro, pues usted expone el proceso de una joven adoptada que al igual que muchos jóvenes en el mismo caso, busca saber su origen, no todos tienen el éxito que Lea tuvo, pero sin duda muchos de ellos piensan muy similar a ella.

Gracias por tratar de dejar una huella en los jóvenes y en los padres.

Zapopan, Jalisco, México

Saludos, Carolin Philipps:

Mis quisquillosos dedos se deslizan por las teclas como si contaran con vida propia y las palabras surgen en la pantalla como los rayos dorados del sol naciente; supongo que esa misma sensación debiste sentir al escribir *Enigma asiático*, te felicito por tu libro, es una lectura formidable.

Una obra sencilla y afable en la que no te das cuenta de la manera en que cambias de página una y otra vez hasta llegar al final del misticismo, ahí donde el agua fluye con el viento y la verdad toca el cielo; el pasado se conmemora y las viscerales armas se desvanecen con las palabras.

Unas líneas de tu libro dicen lo siguiente: “Una persona debe saber de dónde viene. De lo contrario le faltará una parte de sí misma y no encontrará la paz”. Sabias palabras pronunciadas por el aliento de la abuela de Lea. Con esta oración, el transcurso de

las horas y el paso de las palabras por mi mente alborotada, me di cuenta que a cada uno nos falta una pequeña pieza de nosotros mismos y pude notar lo que antes me era imperceptible, que cada vez que leo un libro encuentro una parte de mí, una parte que faltaba y que jamás noté que no estaba... hasta que la hallé muy bien escondida y asustada entre las líneas de tu libro o en las líneas de todos aquellos libros que han pasado por mi vida.

Todos tenemos un enigma sobre nuestro origen: ¿de dónde venimos? Pero he comprendido que esta pregunta va más allá del lugar en el que hemos nacido; se refiere a nuestra esencia, nuestro espíritu, de dónde viene lo que soy, no mi cuerpo, sino mi alma. Después de leer tu libro he encontrado la respuesta a esta pregunta que antes jamás me había planteado: no hay respuesta. El alma florece de ella misma, como el fénix, su origen es su final y jamás sabremos lo que somos hasta cerrar el círculo; la paz se vive en el camino, pero se comprende hasta el final.

Creo que tu historia me ha conmovido y me ha enfurecido, me ha hecho admirar un aspecto de la cultura china y odiar otro. Sentimientos encontrados.

Para Confucio “saber que se sabe lo que se sabe y que no se sabe lo que no se sabe; he aquí el verdadero saber”, supongo que esto quiere decir que no siempre se puede saber todo y el sabio lo sabe, el necio lo ignora, pero además, el sabio siempre tra-

ta de conocer lo desconocido. Lea deseaba saber lo que ignoraba y encontró una verdad dolorosa, aunque simplemente la verdad. Ese admirable final no fue lo que realmente esperaba, pero creo que otro no me hubiera gustado más; prefiero imaginar por mí misma cómo continuó la historia, un curso justo y a mi preferencia.

Me siento también en la obligación de no sólo alabar tu trabajo, pues mi opinión sería parcial; creo que a pesar de la buena historia que has creado, aún no te puedo agregar a mi lista de autores favoritos; aunque tu libro seguro dejó una huella en mi vida.

Me pareció que la narración pudo transcurrir un poco más lenta, con más suspenso, más detallada y con más aventura, aunque logra enganchar al lector; una dosis mayor hubiera sido óptima. La historia fue muy ad hoc para un trabajo dirigido a niños y adolescentes.

Gandhi dijo: “Todo lo que hagas en la vida será insignificante, pero es muy importante que lo hagas porque nadie más lo hará”.

Por tu obra puedo deducir que eres una persona muy interesante, en *Enigma asiático* mencionaste ciertos escritores, poetas y filósofos a los cuales admiro y he leído, por ejemplo: Nietzsche, Goethe, Schopenhauer.

¿Qué libros han marcado tu vida de la manera en que el tuyo marcó la mía? ¿Cuáles son tus autores y poetas favoritos? En mi caso me encanta *El*

principito de Saint-Exupéry, me gusta *El proceso* de Kafka, *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes, *Hamlet* de Shakespeare, *Harry Potter* de J. K. Rowling, entre otros; mis poetas favoritos son Pablo Neruda, William Blake, Manuel Acuña, Amado Nervo y Octavio Paz.

Hay una estrofa del poema *Augurios de inocencia* de Blake que es una de mis favoritas: “Para ver el mundo en un grano de arena, Y el Cielo en una flor silvestre, Abarca el infinito en la palma de tu mano Y la eternidad en una hora”. Es hermosa, espero te guste tanto como a mí me fascina.

Para finalizar, y volviendo a tu libro, mi opinión es ésta: Una obra conspicua que suscita a la búsqueda de uno mismo, provoca el nacimiento puro de los sentimientos azules de la alegría, la furia condenada al mal, la tristeza que sucumbe ante el coraje humano; reflejo de la mismísima historia, donde los sentimientos no son únicos y puede sentirse un elixir de ellos; sentimientos de todo tipo, contrarios y amigos. Letras de tinta indeleble, ésa que queda en la memoria.

Kafka menciona en *El proceso*: “La escritura es invariable, y las opiniones, con frecuencia, sólo son expresión de la desesperación causada por este hecho”. Tal vez sea así, pero en muchas ocasiones esa expresión desesperada es justo lo que el autor desea oír y es un halago, espero sea el caso de mi carta.

Tengo una frase también de *El proceso*, para Lea, si es que algún día la ves, díselas: “El correcto enten-

dimiento de un asunto y una incomprensión de éste no se excluyen mutuamente”.

Con esto termino mi carta. Espero que no te parezca excesivamente corta o extremadamente larga; no me gustaría que mis palabras se perdieran en la nada, en los callejones del olvido sin nombre y las palabras banales las ahoguen hasta perder su esencia.

Me despido y agradezco de antemano la dedicación de tu tiempo y espero leer un libro tuyo otra vez.

Valeria Aguirre Pedroza [<<VATB >>]

Preparatoria Regional de Lagos de Moreno

Lagos de Moreno, Jalisco, 10 de junio de 2014

A Carolin Philipps

“La gente se arregla todos los días el cabello. ¿Por qué no el corazón?”. Te cuento. Pienso que cada lugar del mundo, hasta el mínimo rincón guarda una historia que contar y las culturas siempre forman parte de ella.

Leí tu libro, como sabrás al leer mi carta. La historia de Lea me dio inquietud y la sensación de querer comprender el sentido con el que actuamos las masas. Qué es eso que hace a las culturas ser diferentes y perseverantes, que a algunos nos parezca un tabú la cultura del otro; a decir verdad, China, me atrevo a decir, es la más grande representante de ello: enigmática y disciplinada. Al leer trato de identificarme con los personajes de alguna manera, así se vuelve atrapante.

Tengo un sentimiento parecido al de Lea con su identidad, claro que yo no pertenezco a la última di-

nastía china, ni me hicieron creer que fui adoptada... bueno, mi hermana a veces bromea con eso ¿o será verdad? No lo creo, porque mi hermana está loca, y tampoco tengo padres alemanes a los que les fui entregada en una bolsa de plástico, afortunadamente. Me refiero a no sentir que perteneces al lugar en el que has crecido, de cierta manera, creer que tu lugar está en otra parte; la curiosidad de ver lo que hay en el resto del mundo, aprender sobre el arte y la cultura de cada país, cada ciudad, cada aldea.

Seguramente todos hemos sentido falta de pertenencia, por ejemplo, cuando nuestros padres nos prohíben algo que a ellos les fue prohibido por sus padres, que a su vez les fue prohibido por los padres de éstos; en fin, las herencias que nos hacen quienes somos; sin embargo, muchas de estas transmutan, otras simplemente se van: de tener a un primer hijo varón a poder tener sólo un hijo como describes en *Enigma asiático*.

¿Leíste alguna vez *Viento del este viento del oeste*? Recuerdo sobre este libro que al personaje principal, Kwei-Lan, le cuesta aceptar las creencias occidentales de su prometido y piensa que son raras porque no son como las de oriente; como el hecho de que los pies de las mujeres sean tan grandes no es bien visto. Lo que me hace sentir curiosidad por cómo las cosas que resultan absurdas, y a la vez no, son tan importantes para su respectivo lugar, para cada cultura. Este mismo sentimiento tuve al leer tu

libro. Me gustaría saber cómo fue escrito, siendo tú de otro origen, cómo fue para ti estar en China, y si no estuviste, cómo es que puedes describir tan bien cada situación; además, quisiera saber si tiene algo que ver contigo la historia y los personajes.

Leer es algo que me agrada pero a la escritura le tengo un poco de miedo, por lo que admiro a quien lo hace. Te diré que fue deleitante (aunque nunca uso esa palabra) haber leído *Enigma asiático*, me gustó cómo fue desarrollándose la historia; mientras leía, ¡ya quería saber qué pasaría enseguida!

La sensación que describí anteriormente sobre sentir no pertenencia me hace preguntarte (si mi carta llega a tus manos), ¿cómo es que decidiste empezar a escribir? Es una pregunta un tanto trivial pero la hago porque justo en este momento estoy por tomar una decisión referente a lo que voy a hacer en la siguiente etapa de mi vida. Sé que estudias historia y además eres profesora de bachillerato, me imagino que la convivencia con los estudiantes inspira lo que haces; debe ser gratificante, pareciera que haces lo que te gusta. Al final, lo que todos queremos es poder hacer lo que nos gusta, ya sea en el lugar en que nacemos o en uno distinto.

Aunque no te conozca personalmente, me siento atraída por tu literatura y tu profesión, a decir verdad, haces dos cosas que a mí me encantan: escribir y dar a conocer al prójimo acerca de lo que sabes.

No sé cómo es que decidiste el papel de cada uno de los personajes, o si te inspiraste en alguien para hacerlo, quizá los personajes sean verdaderos, lo cual volvería más interesante esta historia.

Muchas veces he dicho que quisiera haber tenido otra familia, claro, esto es siempre cuando me enojo con alguno de los miembros de ella; en realidad, creo que lecturas como la tuya me hacen recapacitar; si yo fuese Lea creo que no me gustaría haber sido abandonada por obra de una madre que trataba de “salvarme” a causa de un hombre con intereses a futuro, soberbios y egoístas, de ser cuidado y mantenido en una edad avanzada por un hijo al que lo tuvieron sólo y más que nada para no ser abandonados, olvidados o rechazados al llegar a ser ancianos.

No sé cuál sea tu criterio sobre esta “ley de un solo hijo”, para mí es la única forma en la que China podría poner en orden el nivel de habitantes que tiene pues de otra manera éste se convertiría en un problema mayor en el que podría haber serios problemas de hambruna. Podrían existir soluciones para que las mujeres no se vieran reprimidas ni discriminadas, pienso que tú también crees lo mismo, aunque siendo de otras nacionalidades es muy difícil que pudiéramos cambiar la mentalidad de otro lugar; si es difícil cambiar nuestra persona, ciudad, o país, más difícil sería cambiar otro.

A Lea no le molestaba su familia, sería como negarse a sí misma. Lea sólo quería saber la verdad.

Lo importante de esto es que cuando leo aprendo algo nuevo de cada libro, del tuyo, por ejemplo, no pensé tanto en la historia, sino que veía más allá del libro: desde una mujer sentada escribiendo. Me pregunté varias veces si podría ser yo ella, la que se encuentra escribiendo, interesada, un libro para jóvenes; todo para que nosotros como adolescentes conozcamos más sobre otra cultura y valoremos a nuestros padres, sean biológicos o no, simplemente el saber que existen dos personas, o tal vez una; en caso de los padres o madres que han quedado solos por cuestiones distintas, que siempre estarán para ayudarte, educarte y quererte.

Me despido con sólo desearte que seas feliz, y si lo eres escribiendo, qué mejor que con el arte de las palabras plasmadas en un papel.

PD: De alguna manera siento que por más que el final del libro esté implícito, me gustaría saber qué pasó después.

Guadalajara, Jalisco, México, a 21 agosto 2014

Liebe Autorin Philipps

Muchas veces sentimos que no pertenecemos a ningún lugar, que no importa lo que hagamos, los fantasmas del pasado seguirán estando ahí.

No sé si Lea sea un autorreflejo suyo, producto de su imaginación o simplemente represente para usted una etapa en su vida; sea como sea, y sea quien sea Lea, creo que todos llevamos una dentro. Esta idea de saber quiénes somos, de dónde venimos y de descubrirnos con el tiempo puede ser atemorizante; sin embargo, existe a su vez esta necesidad de arriesgarse, de responder nuestras dudas y no quedarnos con “el hubiera” ¿No lo cree?

Lea quiere saber la verdad, al igual que todos, tampoco quiere seguir adelante sin corregir un eslabón de la mecánica de su mente y corazón; así que se convierte en un reflejo de muchos, pues sin importarle nada decidió aventurarse y encontrar la verdad.

En especial para nosotros los jóvenes un ejemplo a seguir, ¡tiene 16 años!, igual que yo, y aunque parezca poco el tiempo; he aprendido a lo largo de mi vida que todo es relativo, que la verdad es primordial y lo importante que es saber acompañarse de las personas correctas para lograr nuestras metas.

Como seres biopsicosociales que somos, resulta imposible un trabajo no colaborativo: el diario escolar para Lea y la vida para muchos.

El saber usar correctamente las palabras, así como las relaciones es vital; por ejemplo, cito: “Siempre hay un camino, sólo no hay que rendirse”, “las cosas importantes no pueden destruirse permanentemente” y “lo que cuenta es lo que haces con lo que te depara la vida”. Estas frases motivaron a Lea a seguir adelante, le dieron aliento y fuerzas a su vez.

Las personas podemos ser bastante complejas. Creo firmemente que somos universos esperando ser descubiertos, con rasgos diferentes, con ideales y creencias distintas, pero, a fin de cuentas, universos, todos por igual.

Es difícil creer que aún exista un pensamiento retrograda, sexista y racista que lleve a las personas a juzgar y a crear sentimientos falsos por estereotipos de antaño.

Los temas que se tratan en el libro van desde asesinatos, costumbres y pensamientos antiguos; *bullying*, narcisismo y mentiras de las que lamentablemente nadie se encuentra exento; aún así se pueden

encontrar personas como Lea: asertivas y vivas, rompiendo estereotipos y tabúes. Por ejemplo, discutir seriamente temas como la *ley de un solo hijo* en China, la contraparte de las historias que comúnmente conocemos. Debatir y argumentar para poder comunicar nuestras ideas y dar a conocer historias no es una tarea fácil, seguramente como escritoras, usted y Lea lo entienden.

A decir verdad, me resulta curioso pensar cómo las palabras pueden transportarnos, hacernos cómplices convictos del pensamiento, partícipes de la historia y personajes implícitos de la misma; además de ese lazo entre escritor y lector, emisor y receptor, que se forma al encontrarnos estas historias con las que nos podemos identificar, salir un momento de nuestras realidades y entrar en la de alguien más; cosa que usted logró, por esa razón quiero agradecerle, por dejarnos resolver junto con Lea su “enigma asiático”.

Bis Bald Frau Philipps.

Julio César de la Lima López [<<El Fénix >>]

Preparatoria Regional de Sayula, módulo San Gabriel

El Tepozal, Jalisco, a 15 de septiembre del 2014

Mi bien estimada y apreciada Lea:

Me atrevo a escribir estas cuantas frases contradictorias y parcialmente aprobatorias, con el fin de dar a conocer mi opinión sobre lo que ha pasado en tu vida. Sé que escribes para el periódico escolar y eso te convierte en una persona justa y equitativa, por lo tanto, me permitirás expresar lo que pienso; sería tonto decir “lo que siento” ya que para poder entender o sentir lo mismo que tú, debería vivir lo mismo en las mismas circunstancias, en el mismo tiempo y en el mismo lugar.

“No importa lo que te depare la vida. Lo que cuenta es lo que hagas con lo que te depara la vida”... vivir en un lugar donde nunca lo has hecho es lo peor, Lea, cuando comenzaste a indagar acerca de tus orígenes juzgaste mal a las personas que siempre te quisieron y te cuidaron, aceptaste el riesgo de buscar una realidad que podría o no ser parte de la

misma que imaginaste, un mundo donde las fantasías y los sueños dejaban de serlo.

Cabe resaltar que nosotros somos seres pensantes que viven y sufren, que sueñan y anhelan, pero que ansían saber la realidad que puede parecer más mentira que verdad. Tú decidiste dejar la vida que aparentemente habías tenido como si esta fuera una fantasía que podría ser borrada cuando lo decidieras y apostaste por lo que viniera sin detenerte a pensarlo.

Al leer acerca de lo que te ha pasado, recordé que alguna vez viví una situación que me destruyó; me preguntaba por qué a mí me tocaba vivir eso y deseaba con toda el alma olvidar, imaginar y crear un mundo que desechara al primero. Me atrevo a contarte sobre la situación que atravesé, puede no coincidir con tu experiencia, pero al final nos muestra lo mismo; yo era un chico que soñaba, que tenía logros, metas, propósitos y sobre todo un proyecto de vida. En una ocasión recibí la noticia de que estaba enfermo y tenía que ser operado de inmediato; el miedo me segó y decidí no contarle, sufrirlo y vivirlo por mí mismo. Una persona llamada Armando, que no conocía a tu humilde servidor, pero que anhelaba ayudarme y que deseaba verme triunfar como el señor Li para contigo, decidió ver en mí las ganas de vivir, de seguir soñando, de seguir perdiendo, de seguir siendo. Esa persona me mostró que la vida es tan incierta y tan llena de errores que nunca encon-

traremos la realidad y que la importancia de encontrarla es que sea siempre la nuestra. Probablemente hayas dicho: ¿y esto que tiene que ver con mi historia? Pero ciertamente tenemos muchas cosas en común, ambos fuimos destrozados por una verdad, tanto tú como yo quisimos ocultarlo todo, quisimos buscar la manera de olvidar, pero al final logramos encontrar lo que inesperadamente buscábamos.

Por otro lado, y regresando a tus vivencias, me convencí de que al final lo que encontraste nunca lo esperaste; viviste esos momentos e instantes tan paulatinamente que olvidaste disfrutar cada gota de la realidad que iba apareciendo con cada gesto, con cada día y con cada palabra. Cuando decides viajar a China ibas convencida de buscar a tu madre y tan sólo preguntar por qué te había abandonado, con el afán de hacerlo por y para ti, no para ella; pero ¿qué encontraste, Lea?, ¿fue lo que realmente planeaste encontrar?, ¿la realidad era para ti o para ella? Si viviéramos en un mundo donde planear fuera lo importante, donde nosotros decidiéramos lo mejor para forjar un futuro, nunca hubieras conocido a tu madre personalmente, tal vez el acercamiento entre ustedes dos nunca hubiera sido concretado y el recuerdo de tu hermana mayor jamás hubiera estado presente. No justifico a tu madre, pero tampoco apruebo tu comportamiento hacia ella, mi humilde opinión dice que si tú deseabas buscar una realidad, en primer lugar tenías que conocerla y, en segundo lugar, como lo más importan-

te, entenderla. Desde este punto parten las infinitas posibilidades de modificar la realidad, las necesidades de indagar por el mundo que queremos abandonar al buscar nuestra propia identidad y la construcción de reproches de toda índole.

Finalmente quiero felicitarte por haber permitido que la realidad que envolvía a tu madre y a ti, entrara. Recuerda que “no importa lo que la vida te depare, lo que realmente importa es lo que hagas con lo que la vida te depare”.

Me despido pretendiendo tomes en cuenta mi humilde opinión y sigas siendo la joven exitosa que has sido siempre.

Índice

Presentación general	
Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas	7

Poesía

Silencio a cinco voces	11
Pedro Goche	

Andrea Michelle Ramos López

Mi cielo <i>picture rose</i>	14
Japón	16
Oximetazolina	17
Burdeles de Hiroshima	18
Geometría metálica	19
Poesía fluorescente	20

Itzel Enif Bravo Calzada

La gota	21
La importancia del "hasta que la muerte los separe"	24
Porque vivir, mata	25
La chica del metro	27

Jorge Miguel Rivera Martínez

Hay recuerdos que no palidecen 28

Salma Irasema Barajas Delgadillo

Llamada 33

Incomprender 34

Bye bye adiós 35

Pérdida inocente 36

Selene María Flores Camacho

Mediodía de mujer 37

Versus 40

Mandarina 42

Cuento

De buena cepa 45

Gabriela Torres

Andrea Azucena Avelar Barragán

Amores de la Calzada pa' acá 47

Lorena Lizeth Arguello Reyes

Nuevas leyes para la ciudad 55

Yoseph Navarro Navarro

Tránsito en bebida 63

Mario Balam Morgado Olvera

El diminuto e irreal universo de tu piel y de mis monstruos 70

Luz Belén González Sánchez

Petición 82

Microrrelato

El ejercicio ideal de síntesis 91

Óscar Tagle

Luzdary Acosta Covarrubias

A tientas, la creación 93

Luis Enrique Solorio Salazar

Inception 94

Óscar Rito Muñoz

Prosódico 95

Eugenio David Aguilar Díaz

Creador del creador del personaje 96

Andrea Azucena Avelar Barragán

Ficción 97

Cartas a Carolin Philipps

Cartas al autor: la apacible y profunda
velocidad del pensamiento 101

Jorge Díaz B.

María Fernanda Balvaneda García

Querida Carolin Philipps: 104

Ana Lucía Vicente García

Saludos, Carolin Philipps 109

Valeria Aguirre Pedroza

A Carolin Philipps 114

Eduardo Sebastián Guzmán Flores

Liebe Autorin Philipps 119

Julio César de la Lima López

Mi bien estimada y apreciada Lea 122

Creadores Literarios FIL Joven 2014

Jurado de Poesía

Carmen Villoro, Pedro Goche, Luis Eduardo García

Jurado de Cuento

Cástulo Aceves, Gabriela Torres, Carlos Enrique

Jurado de Microrrelato

Óscar Tagle, Javier Ponce, Moisés Aguayo

Jurado de Cartas a Carolin Philipps

Françoise Roy, Jorge Díaz, Carlos Bustos

Responsables FIL Joven

María del Carmen Padilla Arreguín, María del Rocío Conde de León,
Laura Susana Macías Caloca

Cuidado editorial y corrección

María del Carmen Padilla Arreguín, Marlene Denise Aguilera Zertuche

Formación, diseño de interiores y portada

Sol Ortega Ruelas, Editorial Universitaria

Se terminó de editar en noviembre de 2014
en las oficinas de Hipertexto – Netizen Digital Solutions
proyectos.mexico@hipertexto.com.co
+52 (55) 7827 7068

